HISTORIA ANECDÓTICA DE LA NOVELA ESPAÑOLA

UNA ADVERTENCIA PRELIMINAR.—LOS TIEMPOS CABALLERESCOS Y LOS LIBROS DE CABALLERÍAS.—AMADISES, BELIANISES, PALMERINES Y LINDAMORES.—LA NOVELA PASTORIL.—FLÉRIDAS A TODO PASTO Y NEMOROSOS PARA DAR Y TOMAR. TIENEN LA PALABRA LOS ERUDITOS.

Conste de una sola vez y para siempre, por lo que pueda tronar, que en esta clase de trabajos no nos animan pujos de críticos, sino simplemente de historiadores anecdóticos, Así, pues, quien viniere a leernos creyendo que va a oir de nuestros labios—valga la metáfora—algún palo o algún bombo, se lleva chasco. Ni servimos para inferir el primero ni para endilgar el segundo. Es más, aunque sirviéramos, no lo haríamos. Allá cada cual con su conciencia, y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Y sin más preámbulos, porque no los consideramos precisos, nos colamos de rondón en nuestro trabajo, que es tarde y viene lloviendo.

Mediaba el siglo XV. Nuestro muy amado monarca don Enrique IV, denominado, no sabemos si con razon o sin ella, el Impotente, acababa de hacer la insigne gracia de repudiar, por estéril, a su primera esposa doña Blanca de Navarra, uniéndose a doña Juana, infanta de Portugal, excelentísima pécora, que contaba los novios por docenas y los rondadores por millares.

A poco nacía en palacio una niña a quien el arzobispo de Sevilla impuso por nombre el de la reina, su madre, y a la que el vulgo, enmendando la plana a su ilustrísima, confirmó con el alias de la Beltraneja, sospechando—tampoco sabemos si con motivo o sin él—que en aquel negocio más andaba metido don Beltrán de la Cueva que don Enrique de Castilla... Lo cual no fué obstáculo para que el reino ardiese en fiestas y olvidase, durante una temporada no muy corta, que estaba aún sin remachar el clavo que pusiera Don Pelayo en los agrestes parajes de Covadonga...

Siete siglos de continuos cintarazos con los árabes habían hecho del nuestro un país fanfarronzuelo, que sólo sabía hablar de lanzas, lorigas, escudos y dagas y que no reconociendo beligerancia histórica más que a aquellos señores que se hubieran distinguido en la edificante misión de vapulear al prójimo, trataba individualmente y cada cual por su cuenta, de emular las glorias de César y eclipsar ... del Cid Campeador.

...zaba, por otra parte, a hormiguearnos en el cerviguillo la comezón de ...tos—comezón convertida después en plaga, de la que aún estamos ras...—y viendo un señor valenciano que el momento era oportuno para ...ar la vida a todo bicho viviente, se trajo de Inglaterra un absurdo mamo...o, que con el festivo título de «Tirante el Blanco» lo dió a la estampa en su tierra y plantó aquí, de golpe y porrazo, los Libros de Caballerías.

Compañero de Tirante fué Amadís y cofrades de ambos los Lanzarotes, Artuses y Caballeros de la Tabla Redonda, sin olvidar a Esplandián, Florisando

el grave don Florisel y otros de la misma casta, que sorbieron el seso a nuestros antepasados, volviéndoles más locos de lo que estaban...

Pasó medio siglo y no se hablaba en Castilla de otra cosa que de aquellos individuos y de sus nietos, bisnietos, trinietos y tataranietos... Hasta que al bueno de Cervantes se le ocurrió dar un puntapié a todos ellos y mandarlos a freir espárragos... Pero no adelantemos las acontecimientos.

Según nuestros informes, pasaron, con mucho, de cincuenta los libros de Caballerías publicados en España, entre los Amadises, Belianises, Palmerines y Lindamores, siendo de notar, porque todo hay que decirlo, que no carecían de mérito literario, aunque los nombres de sus autores—Feliciano de Silva, Martorell, Juan Díaz, Toribio Fernández, Ordóñez de Montalvo, etc.—se hayan perdido en la clásica noche de los tiempos o bajado al no menos clásico panteón de olvido.

Tamaño éxito fué debido, casi exclusivamente, a nuestro carácter, consuetudinariamente aficionado a todo lo heroico, amigo de todo lo sublime y creyente en todo lo sobrenatural y portentoso. Los libros de Caballerías respondían perfectamente a las ideas dominantes en la época, y nuestros ilustres antepasados —esos graves varones que aún creemos reconocer, petrificados en los sepulcros yacentes de las catedrales—, se tragaron el paquete, encantados de la vida.

Lo extraño es que, pararelas a tales relatos romancescos, tomasen carta de naturaleza las novelas pastoriles, que eran todo lo contrario... Ellas, en vez de hablar de animosos caballeros, de soldados invencibles, de hadas y de magos, hablaban de pastores sin pizca de mala intención y de doncellas absolutamente pudorosas. En ellas nadie hendía gigantes, ni derribaba fortalezas, ni hacía encantamientos, ni obraba milagros. Todo el busilis estaba en el amor, un amor suave, tierno y apacible que se deslizaba feliz al lado de los regatillos numerosos, y los personajes, si eran hombres, pasábanse la existencia cantando a los cabellos, a los ojos y a las bocas de las mujeres; entonando, si eran mujeres, armónicos himnos a la gentileza de los hombres, y fueran hombres o fueran mujeres, lanzando quejidos al céfiro, al aura, a la brisa y a todos los sinónimos con que Favonio ha sabido introducir sus resoplidos en la poesía bucólica.

Jorge de Montemayor, portugués por más señas, fué el primero en escribir endechas de ese jaez, publicando su «Diana», que, dicho sea en honor a la verdad es cosa muy estimable, siguiéndole otros muchos, entre ellos, Lope de Vega con su «Arcadia»; Bernardo de Balbuena con «El siglo de Oro», Luis Gálvez de Montalvo con «El pastor de Filida»; Alonso Pérez, Gil Polo, López de Enciso, González de Bobadilla y hasta el mismísimo Cervantes, que también echó su cuarto a espadas con la «Galatea».

¿Que qué ha quedado de todo esto? Muy sencillo: un manantial inagotable de estudio para los eruditos y una labor gigantesca que a los profanos les tiene completamente sin cuidado. Porque dejémonos de convencionalismos y garambainas que a nada conducen, y reconozcamos noblemente que no existe media docena de españoles que hayan tenido la humorada de leer, por ejemplo, los «Diez libros de Fortuna y Amor», de don Antonio de Lofraso. Pondríamos la cabeza en un tajo a que es así, y no la perderíamos.

Aparece «El lazarillo de Torres» y crea la escuela de la picardía en la novela española.—Los que le imitan, plagian y siguen.—El ingen Quevedo.—La novela corta.—Las novelas ejemplares, de Cerva Aparece la novela de amoríos y surge la novela histórica.—El p busca lo picaresco y desecha lo demás.

No hay que darle vueltas. Dice el refrán—según nuestras noticias— que antes niega la madre al hijo que el hielo al granizo, y añadimos nosotros que antes sucede esto último, por inverosímil que sea, que negar un español la casta de

que proviene. Para ser un buen español, un español neto, clásico, castizo, en una palabra, un verdadero español, tiene que demostrar que es estas tres cosas; guerrero, fanfarrón y pícaro. Quien no reuna estas cualidades, podrá haber nacido en España, pero no es español ni Cristo que lo inventó.

La generosidad, la fanfarria y la picardía—sobre todo la picardía—las llevamos en la masa de la sangre y son los atributos consubstanciales de nuestra raza, una especie de trinidad que campea como divisa, en el escudo nacional. ¡Y bendito sea Dios, por habernos hecho así! Que por ser generosos hemos hecho lo que nadie ha podido hacer: amamantar dos mundos a nuestros pechos y quedarnos sin savia para que no les falte a los demás; por ser fanfarrones hemos logrado escribir las páginas inmortales de Otumba y del Dos de Mayo, y por ser pícaros, hemos podido constituir una personalidad aparte en la literatura universal. Sólo España produce un duque de Osuna, que se gaste millones de rublos en abanicos para obsequiar a las damas rusas, que maldito lo que le importarían; sólo de España sale un Hernán Cortés, que queme sus naves para no caer en la tentación de renunciar a una empresa de locos, y sólo en España nace un Alvarez de Castro que resista meses y meses parapetado tras de unos muros de ladrillo, muerto de hambre y consumido por la peste. Esta es España y no hay para qué echar todavía ninguna llave al sepulcro del Cid.

Naturalmente, había de llegar día en que los escribidores diesen de lado a las monsergas exóticas que se les venían de allende los Pirineos o de los remotos, azules y hoy desacreditados mares helénicos. Ni Palmerines detonantes, ni Salicios neurasténicos, ni Florisbellas cautivas ni Filis bobaliconas. Al pan, pan, y al vino, vino. A lo nuestro y nada más que a lo nuestro. ¿Quién nos mandaba meternos donde no nos importaba? ¿A qué buscar en otra parte lo que teníamos en casa?...

Y surgió la novela picaresca.

Por los años de 1520 a 1525, mientras los bravos comuneros se las tenían tiesas con las tropas imperiales en las áridas y nobles llanuras castellanas, cursaba latinidad, filosofías y derechos en la perínclita cátedra salmantina, con miras a lo eclesiástico, el quinto hijo de don Iñigo Hurtado de Mendoza, señor de una porción de pueblos, conde de Tendilla y marqués de Mondéjar. Don Diego se llamaba el estudiante, y cuéntase de él que rivalizaba con Garcilaso en dirigir madrigales a las mozas guapas que se lavaban en aguas del Tormes, con el marqués de Lombay—canonizado después bajo el nombre de San Francisco de Borja—en cuanto a prosapia y gentileza, y con todos los sopistas habidos y por haber en lo que a tocar la guitarra, promover alborotos y zurrar la badana a los alguaciles se refería.

Dióle la vena a don Diego por echar su cuarto a espadas en cuestión de prosa, y perjeñó una novela que con el título de «El Lazarillo de Tormes» entregó a la estampa, cuando de paso por Bélgica, iba al Concilio de Trento, muy peripuesto de dogmas, a seguir la corriente a Julio III, y contribuir con su ciencia, ya que no con su voto, a la eterna excomunión de las ideas luteranas, exaltando la Vulgata y dando con la badila en los nudillos a Mauricio de Sajonia.

A la vuelta del Concilio, pacificada ya su conciencia y sosegado su espíritu, corrigió las pruebas de «El Lazarillo de Tormes», y éste vió la luz en Amberes en 1554, apareciendo poco después en España, editado en Burgos y en Alcalá de Henares.

No vamos a incurrir ahora en la deplorable torpeza de examinar una obra que está leída y releída por todos los españoles. Sólo diremos que en ella encontró la generalidad de los autores prosaicos un ambiente favorable, y que en años sucesivos, con más o menos éxito, pero siempre con beneplácito evidente de las gentes leídas y escribidas, aparecieron la «Vida y hechos del pícaro Guzmán de Alfarache», de Mateo Alemán; la «Vida y aventuras del escudero Marcos de Obregón», de Vicente Espinel, y la «Vida del gran tacaño», de Quevedo.

Que todos estos caballeros merecen párrafo aparte, es cosa de claro pasado. Mateo Alemán era un humilde criado de Felipe II, amigo de los litinajos y las

anfibologías, que cursó truhanadas en Alcalá y teologías en Roma y que por tener en la mollera tanto orgullo como sesos, dejó plantado al monarca y se largó a Méjico donde anduvo a vueltas con aventuras y cintarazos, hasta que sin pena ni gloria, aunque algo más de la primera que de la segunda hubiese en su faltriquera, regresó a España, enfermo, roto y arrepentido.

Espinel era rondeño, y corrió la tuna en Salamanca a más y mejor, siendo consumado maestro en bellaquerías, por las que más de una vez dió su sangre, y no menos diestro en el manejo de la vihuela, a la que se le ocurrió la idea de añadir la quinta cuerda, con la que experimentó notable avance y perfección ese famoso instrumento que alegra las pajarillas a media humanidad. Después, se hizo clérigo. El diablo harto de carne... Y favorecido por el obispo de Málaga, don Francisco Pacheco, sirvió una capellanía en su pueblo natal, pasando después a la de Santa Catalina de los Donados, de esta villa y corte, donde el famoso juerguista falleció, cumplidos ya los noventa años. Si don Vicente llega a ser una persona como Dios manda, sigue a estas fechas rascando la vihuela... No lo fué, y en el pecado encontró la penitencia.

Respecto a Quevedo, ¿qué podemos decir que no hayan dicho ya todos los escritores que nos han precedido en el uso de la pluma? Sin embargo, conviene insistir en él, aunque sólo sea para librarle de esa fama de gracioso chocarrero e inmoral en que le tiene el vulgo. Quevedo no era ningún bufón procaz y desvergonzado, como afirman los que no se han dignado pasar la vista por sus magníficos escritos, y que aceptando insensatamente versiones llegadas Dios sabe de dónde, le atribuyen cuantos dichos livianos y escritos inmorales circulan por esos libracos anónimos en los que el pobre don Francisco no tuvo arte ni parte. Quevedo fué toda su vida un gran señor, aunque vicisitudes y contrariedades de las que Dios nos libre obligáronle a desempeñar, en ocasiones, oficios no muy acordes con su orgullo y menos con su talento. Hoy estaba desterrado o encarcelado, y mañana era secretario del rey; hoy nadaba en la abundancia y mañana no tenía qué comer. Las intrigas palaciegas, de una parte, y de otra los embrollos diplomáticos, así como los vicarios de la Santa Hermandad, contribuyeron a amargarle la existencia, haciéndole ir de la ceca a la meca, hasta que, rendido al peso de tanta agitación, dió con sus huesos en la tumba, en un pueblo de Extremadura, al cumplir los 65 años.

Quevedo ha sido el escritor más ingenioso de España. Sin el talento profundo y transcendental de Cervantes ni la delicadeza de fray Luis de Granada, tenía más cultura que ambos y abarcaba todos los órdenes de la actividad, escribiendo libros serios y festivos en el más amable concierto, distinguiéndose por igual en unos y otros, aunque el vulgo le conozca más por los segundos que por los primeros.

Su «Vida del gran Tacaño» es la más importante de cuantas novelas picarescas ha producido el gracejo nacional. Fué impresa por primera vez en Zaragoza en 1626 y de ella se hicieron enseguida numerosas ediciones. Quevedo imitó, indudablemente, al «Lazarillo de Tormes», pero con la imitación sacó indudable ventaja a la graciosa narración de Hurtado de Mendoza, y anuló totalmente al «Pícaro Guzmán de Alfarache», que era lo que en resumen de cuentas trataba de demostrar.

Otras novelas picarescas aparecieron por aquel entonces, debido al éxito que las mencionadas alcanzaron en el público. Todas son de menos fruto, pero debemos mencionar algunas de ellas, porque así conviene a la justicia y nosotros no tenemos interés alguno en ponernos a mal con esta señora. Son esas novelas las siguientes: «El diablo Cojuelo», de Luis Vélez de Guevara; «La pícara Justina», de un fraile dominico que ocultó su nombre bajo el pseudónimo de «Francisco López de Ubeda»; «Vida y hechos de Estebanillo González», cuyo autor quedó en el misterio, aunque se cree que fuera Esteban González, pintoresco bufón del duque de Amalfi; «Vida de don Gregorio Guadaña», de Enrique Gómez; «El lazarillo de Manzanares», burda imitación del de Tormes, de Juan Cortés de Tolosa; «El bachiller Trapaza», «La garduña de Sevilla», «El anzue-

lo de las bolsas» y «La niña de los embustes», de Alonso del Castillo; «La ingeniosa Elena», de Salas Barbadillo, y «El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos», de Jerónimo de Alcalá. De todas ellas, la más interesante es «El diablo Cojuelo», no sólo por su gracia picaresca y por su estilo suelto y zumbón, sino porque fué la base de esa estupenda obra que se titula «Gil Blas de Santillana».

También es de hacer notar que al mismo tiempo aparecieron muchísimas otras novelas cortas que con el título de consejas, cuentos, narraciones o anécdotas, obtuvieron no despreciable beneplácito, si bien ninguna logró romper totalmente el hielo. Y para que no se diga de nosotros que por comodidad o por olvido—no sabemos cuál sería peor de estas dos cosas—nos dejamos nada en el tintero, diremos que las más notables de esas novelas comprimidas fueron las siguientes: «El curioso y sabio Alejandro, fiscal de vidas ajenas», del ya mencionado Salas Barbadillo; «Los tres maridos burlados» y «Los cigarrales de Toledo», del insigne fraile y gran autor dramático «Tirso de Molina»; el «Para-Todos», del doctor Juan Pérez de Montalván, tan vapuleado por Quevedo; «El Patrañuelo», los «Cuentos de sobremesa» y «Alivio de caminantes», de Juan de Timoneda; «Los tres hermanos», de Francisco Navarrate; obra de muy mal gusto literario y en la que su autor hace increíbles equilibrios para no emplear la vocal «a» y algunas otras. Pero todas ellas quedan ensombrecidas, anuladas completamente, ante «La fuerza de la sangre», «La española inglesa», «La gitanilla», «Rinconete y cortadillo», «El amante liberal», «El licenciado Vidriera», «Las dos doncellas», «El celoso extremeño», «La señora Cornelia», «La ilustre fregona», «El casamiento engañoso» y el «Coloquio da los perros», que constituyen las doce «Novelas ejemplares», del inmortal Cervantes.

Por aquel entonces, y siguiendo el ejemplo de Santa Teresa de Jesús y de Sor Juana Inés de la Cruz, empezaban a escribir las mujeres españolas, y dos fueron las que se dieron a conocer en los turbulentos días del reinado de Felipe IV. Esas escritoras fueron doña Mariana de Carvajal, ilustre dama granadina, que hizo unos cuentos casi infantiles, por lo inocentes y dulzones, y doña María de Zayas, cuyas obras son aún editadas y leídas, especialmente «El castigo de la venganza», «El juez de su causa» y «La fuerza del amor».

Por último, no debemos terminar este capítulo, ni dar por concluída esta relación tan someramente hecha, sin decir que del brazo de la picardía, tan característico para nosotros, llegaron a la literatura nacional otros dos géneros novelescos que si ciertamente no produjeron entonces ni han producido después ningún verdadero monumento, no carecieron tampoco de interés ni carecen todavía de importancia. Fueron la novela amatoria y la novela histórica.

En el haber de la primera hay que sentar las siguientes partidas: «Historia de Amelio e Isabela», de Juan de Flores; «La enamorada Elisa», de Jerónimo de Covarrubias; «Proceso de cartas de amores que entre dos amantes pasaron», de Alonso de Ulloa; «Historia de los amores de Clareo y Florisca», de Alonso Núñez de Reinoso y la «Fortuna varia del soldado Péndaro», de Gonzalo de Céspedes. En el libro mayor de la segunda, de la novela histórica, sólo podemos registrar tres obras: las «Guerras civiles de Granada», de Ginés Pérez de Hita, que son en el fondo una colección de leyendas fantásticas; la «Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa», de Antonio de Villegas, y «Los reyes nuevos de Toledo», de Cristóbal Lozano.

Ni unas ni otros, sin embargo, lograron convencer al lector. Este se había dado por las lecturas picarescas y no había quien le sacase de ellas.

La mejor novela del mundo.—«Don Quijote de la Mancha».—Algunos datos curiosos.—El falso «Quijote». — Una cuestión resucitada que vuelve a morir en seguida.

Cervantes debió nacer para ser, aun después de muerto, una persona de mala pata, como vulgarmente se dice. Siendo de familia ilustre y habiendo tenido sus ascendientes pingüe caudal, vino al mundo cuando éste se había ya consumido y no quedaban más bienes de fortuna que unos cuantos pergaminos, que ni siquiera sirven para mejorar el caldo del puchero.

Con su niñez comenzaron sus infortunios. Los primeros años fueron para él de una privación casi absoluta. Su ideal hubiera sido estudiar mucho, leer mucho, aprender mucho, y estudió poco, leyó poco y aprendió poco... Algunos eruditos cervantófilos—de cuyas obras Dios nos libre, amen—tratan ahora de dorarnos esa píldora queriendo demostrar que Cervantes estudió en Madrid, en Alcalá y aun en Salamanca. ¡Pamplinas para los canarios! Cervantes no tuvo otro maestro que don Juan López de Hoyos—a quien únicamente conoce el vulgo por llevar su nombre una de las calles más populares del barrio de la Prosperidad—, y aquí paz y después gloria. Por supuesto que a Cervantes no le hacía falta saber humanidades, ni retóricas ni latinajos, para conocer la vida mejor que nadie, hablar mejor que nadie y escribir mejor que nadie.

Como buen español y habiendo nacido en un siglo que fué para nosotros una constante y arriesgada aventura, sintió desde pequeñuelo la sed de andanzas que tanto se aviene con nuestro carácter, y ansiando principalmente la vida romana y no teniendo pecunia propia para hacer el viaje por su cuenta y riesgo, empezó a hacer la rosca al cardenal Julio Aquaviva que había llegado a Madrid con dos comisioncitas del papa Julio V.

Cervantes supo conquistar al cardenal legado y con él se marchó a Italia, sirviéndole de camarero. Entonces comenzaron sus vicisitudes más peliagudas. Se alistó en la escuadra que iba a Oriente, tomó parte en el mencionado combate naval y perdió la mano derecha. Después estuvo durante cinco años cautivo en tierras de Orán. Cuando recobró la libertad y volvió a España, tan pobre y desesperado se hallaba que trató de expatriarse y ni aun eso consiguió. Tuvo, pues, que renunciar a la vida cortesana y avecindarse en un pueblo toledano, consagrándose a cuidar la menguada hacienda de su esposa, que lejos de subir como la espuma, conforme era su esperanza, se deshizo como el humo, según eran sus temores, y el pobre inválido, para poder vivir, hubo de aceptar empleos en los que involuntariamente se empapeló, dando con sus huesos en una cárcel...

¿Qué cárcel fué aquella? Quizá la de Sevilla. Quizá también la de Argamasilla de Alba. Esa cárcel no tendría importancia alguna, si en ella no hubiera comenzado Cervantes, según confesión propia, a escribir el «Quijote».

¡Cuántas sinsabores ocasionó al infeliz manco esta obra inmortal! Escribir un entremés, una novela corta o ejemplar, hasta la misma «Galatea» era, para él, ya que no para otros, coser y cantar. Pero el «Quijote» requería mucho mayor reposo, absoluta despreocupación y desahogo económico. ¿Los tuvo, por ventura, Cervantes? No. Y eso es en él lo más admirable.

Durante veinte años permaneció sin publicar nada, pero trabajando mucho. Cómo lo pasaría, Dios y él lo sabrán. Cuéntase que la noche que terminó el «Quijote» se quedó sin cenar, por no tener un maravedí en la faltriquera, y aunque esta efemérides no haya sido absolutamente comprobada, no nos extrañaría que fuese verdadera.

La primera parte del «Quijote» apareció en 1605, editándola en Madrid, Juan de la Cuesta. Se ha dicho por algunos que en un principio nadie prestò atención a la obra de Cervantes, hasta el extremo que éste tuvo que echar mano de un

recurso para hacerla notar. Ese recurso fué el de escribir el «Buscapié», donde ponía de relieve las alusiones personales de la novela y esclarecida la parte dudosa de ella. Nada más lejos de la verdad. Ni Cervantes escribió el «Buscapié», ni tuvo que recurrir a ingeniosidad de ninguna clase para que dentro del mismo año de 1605 se hiciesen cuatro ediciones del «Quijote».

Es más, desde el primer momento adquirió la novela una notoriedad, como ninguna otra ha adquirido jamás, provocando comentarios apasionadísimos y polémicas acaloradas. Nadie creyó que el fin que Cervantes se propuso al escribirla fuese el de dar el capirotazo definitivo a los libros de Caballería. Por el contrario según unos, trató de hacer una sátira contra las empresas guerreras del emperador Carlos V; según otros, era una burla mordaz contra el duque de Medina Sidonia; en opinión de los más, la figura de Alonso Quijano simbolizaba ostensiblemente a la nobleza y al pueblo bajo la de Sancho Panza, y a juicio de los menos, era una acerba diatriba lanzada contra el duque de Lerma por haber desatendido justas reclamaciones del soldado que habiendo vertido su sangre por la Patria encontrábase pobre y desvalido.

En aquella ocasión, se vió patente el carácter egotista e irreductible del pueblo español. De nada valió que Cervantes dijera el verdadero fin que había perseguido. Nadie lo creyó y todo el mundo se consideró en el caso de interpretar ese fin a su gusto y sabor.

Y lo más gracioso es que todo estaba claro como el agua. Van ustedes a verlo. Cuando Cervantes tuvo terminada la primera parte, y careciendo de dinero para darla a la estampa, se le ocurrió acogerse, igual que hacían otros escritores, a la generosidad del duque de Béjar, que era entonces el Mecenas de los artistas hambrientos. Fué, pues, a ver al duque y a ofrecerle la dedicatoria de la novela, pero habiéndole dicho que el objeto principal de éste era el de desterrar los libros de Caballerías, el aristócrata no quiso de ningún modo aceptar aquella dedicatoria, sospechando que iba a ponerse en ridículo. Y entonces sí que tuvo Cervantes que echar mano de su ingenio para vencer la resistencia de su desdeñoso protector. Fingiendo que acataba humildemente la voluntad de éste, se limitó a suplicarle que leyera únicamente un capítulo del «Quijote». Hízolo el duque y tal complacencia halló en la lectura, que aceptó la merced de... que se le inmortalizara por el sólo hecho de presidir con su nombre la más grande obra literaria que ha producido el ingenio humano.

Del éxito del «Quijote» dará idea esta otra anécdota. A poco de publicarse, hallábase un día Felipe II asomado a uno de los balcones de palacio, y viendo que un estudiante pasaba leyendo un libro y se reía a carcajadas, exclamó el rey: «O está loco ese muchacho o lo que va leyendo es el «Quijote».

Nadie podría decir si la publicación de la primera parte de este libro magno dió dinero a su autor. Que no le enriqueció es indudable, pero que le libró de la miseria pasada, tambien está fuera de toda duda. A raíz de la publicación, Cervantes se instaló en Madrid, viviendo primeramente en la calle de la Magdalena, número 30, mudándose al poco tiempo a una casa situada detrás del colegio de Loreto. De allí se trasladó a la calle del León, número 9, habiendo también vivido en la de las Huertas y en la del Duque de Alba, esquina a la de los Estudios de San Isidro, y finalmente a la de Francos, número 20, donde murió.

La segunda parte del «Quijote» la publicó en octubre de 1615, o sea medio año antes de su fallecimiento, superando el éxito al de la primera.

De lo que es el «Quijote» no vamos a hablar, porque sería ridículo. Pero sí recopilaremos algunos datos que demostrarán la enorme difusión que la obra ha tenido en el mundo entero.

El número total de ediciones publicadas en todos los países es el de 1124, distribuídas en la siguiente forma:

Castellanas, 427; inglesas, 203; francesas, 175; italianas, 98; Portuguesas, 81; alemanas, 72; holandesas, 17; suecas, 13; etc., etc. El «Quijote» ha sido traducido también al polaco, dinamarqués, griego, ruso, húngaro, servio, rumano, búlgaro, filandés, bohemio, croata y latino.

MIENTRAS MÁS ESQUILMADOS, MÁS HOLGAZANES.—PARA UN SIGLO, UNA NOVELA.—«FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS».—UNA TRADUCCIÓN MUY INTERESANTE DEL «GIL BLAS DE SANTILLANA».—CUALQUIERA TIEMPO PASADO... ¿FUÉ MEJOR?

Un alemán, Mauro de Tonda, acababa de dar la puntilla, con sus asperges, exorcismos y conjuros, al hechizado rey Carlos II, y este caballero, consecuente siempre con sus notables torpezas, dejaba en testamento el cetro de las Españas a un nieto de Luis XIV, encendiendo así la discordia y armando la más furiosa gresca entre nuestros abuelitos.

Como si no fuera bastante la sangría que teníamos allende los mares, vino otra de allende los Pirineos a despojarnos de lo poco que ya nos quedaba en Italia y en los Países Bajos, a birlarnos la isla de Menorca y a inferirnos el mordisco de Gibraltar, que todavía nos está doliendo...

El empobrecimiento nacional se reflejó en todos los órdenes de la vida. El Erario público se hallaba estrujadísimo. El poco dinero que venía de América se consumía estérilmente en aventuras insensatas, no se pagaba a nadie y los pobres magistrados de las Cámaras de Castilla e Indias, tras de haber vivido a la cuarta pregunta, eran enterrados de limosna en Recoletos.

Con el monarca francés, vinieron los gustos franceses a nuestra literatura. Se fundó la Academia Española, a imitación de la del vecino, y comenzaron los Parnasillos cursis a murmurar del prójimo... Pero nadie, o casi nadie, escribía. Y el que escribía, lo hacia rematadamente mal.

Así pasó medio siglo. Cuando alboreó la segunda mitad de la centuria, hubo algo de reacción, pero fué ésta tan debilucha, tan menguadita, tan poca cosa, que no parecía ser sino un reflejo del monarca Fernando VI, tan flemático, tan sensiblero, tan amerengadillo y dulzón... Hasta Carlos III puede decirse que no volvímos a tener personalidad.

Baste el hecho de que durante todo ese siglo no se publicó en España más que una novela que merezca el nombre de tal, para que el lector comprenda a qué extremo habíamos llegado. Esa novela fué la «Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas», y su autor, el jesuíta Padre José Francisco de Isla.

No digamos que digamos que el padre Isla era soberbio. Pero sí hemos de decir que decimos que a las mientesde su merced vino, inspirada seguramente, por algún Satanás literario, que nosotros desconocemos, la empecatada idea de emular glorias de Cervantes. En tiempos de este infeliz mutilado, los libros de Caballerías hacían más estragos que la peste. El se propuso arrinconarlos y lo consiguió con unos cuantos golpes de pluma. Pues bien, en tiempos de Fernando VI formaban legión los malos predicadores... ¿Quién decía al padre Isla que su péñola no podría lograr con estos sujetos lo que Cervantes con los otros? ¡Pecho al agua!

Y el humilde jesuíta, que ya peinaba no pocas canas, se lanzó a la empresa con el más cálido ardor jnvenil, y en 1758 publicó, en Madrid, la primera parte de su «Fray Gerundio». Hasta en esto siguió las huellas de Cervantes. ¿No había de constar de dos tomos la obra? Pues era preciso publicar antes el primero. Lo mismo que el «Quijote».

Hizo, pues, una edición de 1.500 ejemplares y la lanzó al mercado. La sorpresa del autor fué enorme, al saber que el millar y medio de tomos había desaparecido de las tiendas de libros en cuestión a los tres días. ¡Qué rabia debió de darle su propia humildad ante tamañico triunfo! Porque es el caso que, no teniéndolas todas consigo, el padre Isla había puesto especial cuidado en no dar su brazo a torcer, ocultando su nombre de pila y velándose bajo el pseudómino de «Francisco Lobón de Salazar, beneficiado de Aguilar y cura de Villa-García de Campos»

Reconocemos que «Fray Gerundio» fué un éxito franco, y hemos de reconocer que también fué merecido; no ya solamente por el hecho de que en la tierra de los ciegos el tuerto sea rey—sentencia en aquellos tiempos tenía una confirmación absoluta—sino porque la obra, en puridad, no carece de méritos literarios, aunque ellos no alcancen la magnitud que alguien los ha concedido. Trátase de una sátira, y como tal, pone perfectamente el dedo en la llaga, con tino de observación y sin ausencia de gracia. Por cierto que en ella se ve autorizada una vez más la sapientísima opinión de que para ser crítico no se necesita saber crear lo criticado. El padre Isla criticaba oportunamente los malos sermones, y era un pésimo predicador.

La segunda parte del «Fray Gerundio» apareció doce años después que la primera, o sea en 1790 y obtuvo, como ésta, una gran aceptación, habiendo sido traducida rápidamente al italiano, al inglés y al alemán, no obstante las dificultades y obstáculos que para que circulase puso la censura eclesiástica y a pesar de haber sido prohibida por la Inquisición. Quizá por ello se tradujere con más apremio.

Al padre Isla debe también la literatura española una admirable versión al castellano de las estupendas «Aventuras de Gil Blas de Santillana», escritas en francés por Alano Renato Le Sage, la cual versión tampoco se atrevió a firmar por sí y ante sí el reverendo jesuíta, haciéndolo con el pseudómino de don «Joaquín Federico Issalps».

¡Y pensar que a esto se redujo toda la novela española del siglo XVIII! Luego vendrá el clásico paredeño a decirnos que «¡cualquiera tiempo pasado fué mejor!...» ¡Estaba fresco!

El parnasillo.—La novela romántica.—Larra y Espronceda.—Poco y malo.—Prosélitos del romanticismo.—¿Adónde vamos á parar?

Cuenta Mesonero Romanos que de todos los cafés existentes en Madríd, allá por el año de 1830, el más sombrío, destartalado y solitario era el del Príncipe, situado en la planta baja de la casa contigua al teatro del mismo nombre, en el mismo lugar que hoy ocupa la contaduría del Español. Refiere también el ilustre costumbrista madrileño que el tal cafetucho hallábase desprovisto casi en absoluto de todo lujo y comodidad, consistiendo su mobiliario en una docena de mesas de pino pintadas de color de chocolate y en unas cuantas sillas de Vitoria, completando el resto una lámpara de candilones que pendía del techo y hasta seis quinqués adosados a las paredes. El pavimento era de baldosas, en cuyos intersticios crecía la hierba, y la decoración respondía escrupulosamente al conjunto de la sala.

Pues bien, en tal café y presididos por Grimaldi, reuníanse cotidianamente los escritores más en boga de la época, acudiendo todas las noches Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Sarafín Estébanez Calderón, Gil y Zárate, Espronceda, Larra, Escosura y otros menos notables y conocidos. En la tertulia se hablaba de todo y todo se comentaba. Hoy era el último auto de fe, verificado en Valencia y que costó la vida al «Maestro de Ruzafa», condenado por hereje contumaz a morir en la horca y ser quemado después; mañana era el fusilamiento de Torrijos o la ejecución de doña Mariana de Pineda; ya el alzamiento de los apostólicos, con Eguía y Merino a la cabeza, bien la insurrección americana con Bolívar al frente... Pero lo que más apasionaba los ánimos de los contertulios, exaltando sus cabezas y enardeciéndoles la sangre, era el tema literario. Venían continuamennte de allende el Pirineo noticias de la extensión que alcanzaba el romanticismo, y esas noticias eran acogidas en el «Parnasillo» con una vehemencia y un apasionamiento indecibles. ¿Tenían aquellos literatos españoles una idea justa, exacta y precisa de lo que era el romanticismo? Quizá no; pero aun visto por encima, como respondiera externamente a su afán de singularización, aceptáronlo sin escrúpulos y todo se volvía hablar de sentimentalismos lacrimentes,

sombríos, destartalados y solitarios como el café del Príncipe, y todo era barajar y barajar los nombres de Walter Scoot, de Dumas, de Víctor Hugo...

Y nació el romanticismo español. En este caso concreto no nos importa si nació en el teatro o en el libro, ni si fué el duque de Rivas o Mariano José de Larra quien le implantó. Estamos hablando de la novela y no es justo que nos salgamos del tiesto, mucho menos cuando hay tanto que decir y tan poco espacio para decirlo.

El primero de los tertulianos que se lanzó resueltamente a la lucha con una novela romántica, fué don Patricio de la Escosura, alférez, por aquel entonces, del escuadrón de Artillería de la Guardia Real. La novela se titulaba «El Conde de Candespina» y apareció en 1832, editada en Madrid. La obra no produjo ni frío ni calor; pasó casi inadvertida y si los románticos se hubiesen prometido algo de ella, hubieran recibido un chasco morrocotudo. Pudo pasar como ensayo, como exploración, pero nada más. Y en efecto, no pasó de ahí.

Pero vino, dos años después, Larra con «El doncel de don Enrique el Doliente», editada en Madrid, en 1834, y la decoración cambió algo, aunque no en absoluto. «Fígaro» era uno de los escritores más populares de aquella época, y el crítico más autorizado, y el más temido también, a pesar de no tener más que veintitrés años. No resultará extraño, por consiguiente, que su novela fuese esperada con verdadera impaciencia y que se leyera con tanta avidez como se leían casi a diario sus artículos de «El Pobrecito Hablador». La novela de Larra fué, pues, la verdadera precursora, siguiéndola inmediatamente el Sancho «Saldaña», de Espronceda, que apareció el mismo año y que no corresponde, a decir verdad, al talento de su autor, que si como poeta puede codearse con los más altos genios de la lírica, como prosista no pasó de ser una apreciable medianía.

Debemos decir, en descargo de Espronceda, que nunca le agradó la idea de escribir el referido novelón y que si lo hizo fué cediendo a las instancias de sus amigos y compañeros del Parnasillo. Espronceda, que desde niño fué un indisciplinado, un revolucionario, un ácrata, que diríamos hoy, no podía gustar de sujetarse a antecedentes históricos para escribir. El, que hacía versos cómo, cuándo y en la forma que le daba la gana, ¿había de atenerse a métodos y reglas? De ningún modo. Vivía en perpetuo numantinismo, en constante rebeldía, haciendo siempre su santísima voluntad, sin respetar nada ni a nadie. ¿Qué le importaba a él Don Alfonso X el Sabio, ni Sancho el Bravo, ni Leonor de Iscar, ni nadie? A él le importaba únicamente su Teresa, a quien cantaba todos los días, y sus barricadas, a las que iba siempre que alguien las formaba en las calles, para parapetarse tras ella y andar a discurso fogoso y a tiro limpio con las tropas del Gobierno... Así no es de extrañar que «Sancho Saldaña» fuese un insigne y trágico esperpento, al que su autor no miró nunca con cariño paternal.

Siguió la racha de novelas románticas con «El golpe en vago», título harto emblemático, con el que don José García Villalta no vino a resolver ningún problema ni a llenar ningún vacío. La obra pasó casi inadvertida y su autor, que gozaba excelente reputación de erudito, no adquirió con ella ninguna fama de novelista.

Escosura, cuya ubicuidad literaria fué causa principal de que no llegase nunca a sobresalir en ningún género, no se conformó con el escaso éxito de «El Conde de Candespina» y volvió a la carga en 1835 con un episodio histórico del reinado de Felipe II, titulado: «Ni Rey ni Roque». No era don Patricio hombre de mucha paciencia, y, por consiguiente, jamás se dignaba gastar el tiempo en comprobaciones ni en autenticidades; así es, que al narrar las supuestas peripecias del pastelero de Madrigal, echó por los cerros de Ubeda, diciendo lo que le venía en gana, fuese o no cierto. Por está razón, su novela, imperfecta, oscura y sombría, no consiguió despertar curiosidad alguna.

La misma suerte, o peor aún, si cabe, logró en 1837 la primera parte de «Doña Isabel de Solís,» que Martínez de la Rosa escribió hallándose en París y contaminado con la influencia de Walter Scoot. Y otro tanto podemos decir de «Cristianos y moriscos», deplorable novelita de don Serafín Estébanez Calde-

rón (El Solitario), impresa en 1858 y por la que alguien ha querido comparar a su autor nada menos que con Manzoni, aunque suponemos que esta comparanza sería hija del humorismo de algún buen malagueño, paisano y amigote de Estébanez. No se comprende otra cosa.

En cambio, nació con mucha suerte en Madrid, seis años después, «El señor de Bembibre», del dulcísimo y malogrado poeta Enrique Gil, que en aquella novela vió justamente aumentada su fama, ya que no repleta su faltriquera, consolidando además el género romántico que hasta entonces no había logrado dar verdadera fe de vida y que de allí en adelante incorporó a sus legiones un verdadero enjambre de paladines que se llamaron Navarro Villoslada, Miguel Agustín Príncipe, Eugenio de Ochoa, Isidro Gil, Pastor Díaz, Aiguals de Izco, Navarrete, Hurtado, Barrantes, y algunas respetables damas, entre ellas doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Angela Grasi y Pilar Vinués.

Nuestro mayor gusto sería ocuparnos detenidamente de cada una de estas señoras y de cada uno de estos señores, pero las dimensiones de la revista no nos lo permiten y lo deploramos con toda el alma. Créanos el lector.

Un español de verdad.—Fernández y González.—El folletón novelesco.—La novela por entregas.—Cómo escribía don Manuel.—El pueblo es necio, y pues lo paga...—Los secuaces: Pérez Escrich, Tárrago y Mateos y Ortega y Frías.

Ha llegado el momento de hablar de uno de los hombres más representativos que ha tenido España: de don Manuel Fernández y González.

Soñador, despreocupado, cínico, inmodesto, generoso, fanfarrón, inculto, poeta y novelista... ¿Hay quién dude que Fernández y González es uno de los prototipos de la raza?

Quizá ningún escritor ibérico haya logrado la popularidad que, inmerecidamente, logró él, y seguramente, ninguno en su tiempo ganó tanto dinero. ¿Y todo para qué? Para morir poco menos que olvidado y para tener que resignarse a aceptar de limosna las últimas medicinas con que la ciencia acudió a aliviarle los postreros dolores en el lecho de la muerte.

Fernández y González era un sevillano recriado en Granada, y tenía toda la opulencia de la imaginación meridional unida a la insigne picardía española. Quiso serlo todo, y todo lo fué. A los doce años se empeñó en que la gente le llamara poeta, y lo consiguió, publicando un libro de versos. Después se hizo abogado. Más tarde estudió Filosofía. Se incorporó al ejército y ganó la más alta recompensa patriótica, la Cruz de San Fernando. Por último, vino a Madrid, le dió la gana de ser dramaturgo y estrenó «El Cid», una de las obras más hermosas de nuestro teatro romántico...

Pero en lo que más sobresalió, no obstante ser lo peor de él, fué en la novela. Ella, le dió celebridad, ella le enriqueció fabulosamente, y ella también le desacreditó y le empobreció.

Su primera obra de este género se tituló «La mancha de la sangre», y obtuvo un éxito muy lisonjero, siguiéndole inmediatamente «El cocinero de Su Majestad», «Martín Gil», «Don Alvaro de Luna», «Los monfíes de las Alpujarras», «Men Rodríguez de Sanabria», «Don Francisco de Quevedo», «La esclava de su dolor», «Los amantes de Teruel», «Luisa», «Las buenas y malas madres», «Lucrecia Borgia», «El collar del diablo», «La maldición de Dios», «Los desheredados», «La fe del amor», «Don Juan Tenorio» y muchas más, hastas unos trescientos tomos.

Esta enorme fecundidad ha hecho que se compare a Fernández y González con Alejandro Dumas. No es para tanto la cosa, pero no deja tampoco de ser to-

ferable el parangón, teniendo en cuenta la labor copiosísima de ambos escritores. Pero mientras el novelista francés era un hombre que procuraba documentarse en buenas fuentes antes de escribir sus narraciones históricas, el novelista español no paraba mientes en tales minucias y lo que no sabía lo inventaba con la mayor desfachatez. Así se comprende cómo Fernádez y González pudo incurrir en el horrendo anacronismo de presentar al Cid contemplando las torres de la Catedral de Burgos, construidas, nada menos que tres siglos y pico después de la muerte de este héroe castellano. Cuando alguien le hizo notar el error, respondió Fernández y González que el Cid había visto las agujas de la maravillosa basílica burgalesa «por un fenómeno de espejismo». Y se quedó tan fresco.

No fué, ciertamente, Fernández y González—aunque él dejase traslucir lo contrario—quien introdujo en España la costumbre de publicar las novelas «por entregas». Quizá el implantador de la novedad fué don Wenceslao Aiguals de Izco, el saladísimo director del semanario *La Risa*, en el que tanto dieron que hablar Villergas, Bretón de los Herreros, Romero Larrañaga, Príncipe y otros, y en el que se reveló como poeta festivo don José Bernat Baldoví. Pero ya que no el iniciador de la idea, fué el que más impulso dió a la novela periódica, hasta el extremo de que de «Luisa o El Angel de la Redención» tiraba el editor Urbano Manini 200.000 ejemplares semanales.

Ello da idea en la boga que alcanzaron las obras de Fernández y Gozález. Se esperaba como agua de Mayo, y en cuanto salía un cuaderno se lo repartía la gente como pan bendito. En las oficinas públicas, en los claustros de la Universidad, en los talleres de modistas y en las obras—durante el descanso—la lectura obligada era la de la última entrega del novelón de don Manuel.

Este, como ya hemos dicho antes, ganó muchísimo dinero, aún cuando todo resultaba poco para sus gastos y sus liberalidades. El mencionado Manini le pagó por derechos de publicación más de 50.000 duros. Guijarro le daba mil reales diarios porque le entregase un pliego de novela cada veinticuatro horas. Rosa y Boure, editores franceses, se lo llevaron a Paris, le trataban como a un príncipe y le daban, además, un sueldo de 3.000 francos mensuales a cambio de un tomo al mes. Y por este estilo los demás.

Tanta era la demanda de originales que le hacían los editores, que se vió obligado a dictar a la vez a tres y cuatro taquígrafos. Uno de éstos era el entonces principiante literato y después ilustre sainetero don Tomás Luceño, al cual se deben muchas anécdotas que hoy corren de boca en boca referentes al famoso novelista. De ellas entresacamos las siguientes:

«Don Manuel—dice Luceño—estaba escribiendo por aquellos días cuatro novelas. Sólo recuerdo tres de sus títulos: «Los hijos perdidos», «La esposa mártir»y «Diego Corrientes».

Antes de dictarme, dictaba a don Mariano, su antiguo escribiente, buen literato, hombre de gracejo, famoso «profesor de esgrima»; y ocurrían frecuentemente cosas parecidas a estas;

—A ver, Lucano (Fernández y González llamaba Lucano a Luceño): léame las últimas palabras que don Mariano habrá dejado escritas en esa cuartilla; hoy quiero dedicarme a «Los hijos perdidos», por ser lo que más me urge.

—«El Marqués se sintió indispuesto, nervioso, desvanecido»...

—No siga usted. Eso es de «La esposa mártir»; pero no importa, seguiremos ahí, y eso tendremos adelantado.

Y acto continuo, sin detenere, sin vacilar, me dictaba para «La esposa mártir» lo que tenía preparado y dispuesto para «Los hijos perdidos».

Algunas veces—sigue diciendo Luceño—se olvidaba «de sus personjes»; tal era la inmensidad de gentes que tenía revueltas en su cerebro, y en una ocasión me mandó escribir este párrafo.

—«Doña Andrea, que era el prototipo de la seriedad y del buen juicio»..

—Don Manuel, mire usted que a esta doña Andrea la hemos vuelto loca el otro día, en el capítulo V, a consecuencia de la entrevista que tuvo con la querida de su esposo.

—Pues, amigo Lucano, no tengo mas remedio que volverla a la razón, porque me hacen falta sus consejos para el final de la novela.»

Otro día dictó a Luceño de la siguiente manera:

—«El conde abrió la petaca, sacó un cigarro, lo encendió, tiró el fósforo, dió una chupada, luego otra, y luego otra. Y paseándose agitado por la estancia, exclamó de pronto: «¡Jesús mil veces!».

A la mañana siguiente le llevó Luceño la traducción de las anteriores frases.

—¿Qué ha hecho usted Lucano de los demonios?—exclamó don Manuel en el colmo de la indignación—¡Me ha causado usted un perjuicio tremendo!

—¿Por qué, don Manuel?

—Porque como a mí me pagan las novelas según el número de cuartillas, me conviene poner muchos puntos y aparte. De modo que todo eso que usted ha escrito seguido, hay que redactarlo así:

»El conde abrió la petaca.

Sacó un cigarro.

Lo encendió.

Tiro el fósforo.

Dió una chupada.

Luego otra.

Y luego otra.

Y exclamó:

—¡Jesús mil veces!

Luceño, que es hombre ingeniosísimo y que no se muerde la lengua cuando llega la ocasión, dijo socarronamente a don Manuel:

—Se me ocurre una idea. ¿Quiere usted que el «Jesús mil veces» lo ponga de esta manera?

—Jesús, una.

—Jesús, dos.

—Jesús, tres.

Y así hasta mil veces, porque de este modo podríamos llenar muchísimas cuartillas.

Fernández y González, celebró la ocurrencia de su taquígrafo y no le regañó. ¿Qué había de regañarle, si él no tuvo en su vida pizca de formalidad?

De su inmodestia, de su vanidad sin limites, de su egolatría rayana a veces en lo grosero, se cuentan muchas frases.

A Marcos Zapata, que por broma, le preguntó un día: «Oye, Manuel, ¿quién vale más, Homero o tú?», contestó seriamente: «Hombre, te diré...».

«No sé por qué se toma nadie la molestia de llamarse Fernández ni González. Porque no hay quien crea que existe otro Fernández ni otro González más que yo.»

En su tertulia del Suizo, alguien, por tirarle de la lengua y divertirse a cuenta de su pintoresca oratoria, le dijo un día:

—En resumidas cuentas, don Manuel, ¿usted qué representa en la literatura? Nada absolutamente. Fulano le ha derrotado como autor, Mengano como novelista y Zutano como poeta.,.

Fernández y González replicó iracundo:

—¡A mí, no me ha echado nadie la pata! ¡Sépalo usted! Yo soy Calderón y Cervantes y Lópe y Quevedo. Yo lo soy todo. Lo que pasa es que soy muy modesto...

Y como una carcajada general acogiera esta última frase, añadió:

—Pues si no fuera modesto, ¿me rozaría con ustedes?

Del trabajo que se tomaba en documentarse para escribir sus novelas históricas, dará idea el siguiente hecho. Andaba a vueltas con una cuya acción se desarrollaba en tiempo del reinado de uno de los reyes austriacos, y no sabiendo una palabra del tema, se fué a ver a don Juan Eugenio Hartzembusch, que por aquel entonces dirigía la Biblioteca Nacional.

—Necesito una sala para mí sólo—dijo al ilustre autor—y que me lleven a ella todos los libros que traten de la casa de Austria.

—¿Todos los libros...? Pero ¿usted sabe lo que dice?—exclamó Hartzembusch, en el colmo del asombro.

—Si, señor, todos; me hacen falta.

—Tenga usted en cuenta que se necesitarán lo menos ocho días para reunirlos.

—No importa. Volveré a la semana próxima.

En efecto, volvió, y le pasaron a una sala, donde había cientos de volúmenes. Le dejaron sólo y don Manuel se asustó al ver aquel fárrago de lectura. A los cinco minutos cojía el sombrero y se iba a despedir de Hartzembusch.

—¿Qué le pasa a usted?—preguntó éste—¿Se ha puesto enfermo?

—No: es que ya he concluido. No he hecho más que oler los libros esos y ya me los sé de memoria.

Fernández y González creó la escuela del novelón de folletín, pero murió sin dejar sucesores. Contemporáneo de él, y competidor a veces, fué Enrique Pérez Escrich, que también llegó a alcanzar notable popularidad, merced a engendros como «El cura de aldea», «El mártir del Gólgota», «La mujer adúltera», «El corazón en la mano». «El pan de los pobres», «Los ángeles de la tierra», «Las obras de misericordia» y otras muchos que, afortunadamente, ya no se ven por ninguna parte.

Algún renombre alcanzó también don Torcuato Tárrago y Mateos, autor de más de cien novelas, a cual más disparatada, de las cuales son las más conocidas «Carlos IV el Bondadoso», «Los huracanes de la vida», «Bodas reales», «El monge gris», y «El nido de los duendes». Muchas de las novelas de Tárrego y Mateos, aparecieron por primera vez en el folletón de «La Correspondencia de España».

Del bueno de Ortega y Frias poco podemos decir. Pasó cuarenta años de su vida escribiendo folletones espeluznantes para que no se le conoza como novelista. Sobre su «Justicia de Dios», su «Casa de tócame Roque», su «Loca del Vaticano», sus «Hijas de Elena» ha tendido el olvido un piadoso manto, que no hay para que descorrer.

Y con esto damos por terminado el capítulo de novelas de folletón. Y creemos que la terminación podrá haber tardado en llegar, pero ha sido justa. Porque no suponemos que el lector eche de menos los nombres de Luis Parreño, de Julio Nombela, ni de Luis de Val...

La novela histórica.—«Las ruinas de mi convento».—Cánovas, el «Manifiesto del Manzanares» y «La campana de Huesca». — Victor Balaguer y Navarro Villoslada.--Don Emilio Castelar, novelista: «Fra Filipo Lippi» y «El suspiro del moro».

Algo bueno tenía que hacer el romanticismo. No todo iba a ser ponernos tristes, vestirnos de luto, dejarnos largo el cabello, enmarañada la barba y sucias las uñas.

En cuanto pasaron los primeros furores de la moda allendepirenaica y las gentes se dieron cuenta de que la literatura y la limpieza son dos cosas absolutamente compatibles, de que para escribir buenos versos, buenos dramas o buenas novelas, no es necesario poner cara feroche y sombría, y de que la intervención de la fantasía en la concepción de una obra, no repele, ni mucho menos, la documentación firme y la consulta sólida; en cuanto pasó, volvemos a decir, el prurito de la novedad, el romanticismo—al menos en la novela, porque en el teatro no nos

netemos—empezó a dar excelentes frutos. Uno de ellos, el principal, acaso, fué a novela histórica.

Tan parecida es esta, en un principio, a la romántica, que casi se confunden. Su única diferencia aparece y se aprecia al cabo de algún tiempo, cuando vemos los respectivos autores haciendo gala de disciplina y subordinación ante la verdad consumada, cosa que ni a Espronceda ni a Larra se les ocurrió nunca hacer.

El primer autor que escribió novela verdaderamente histórica fué el menorquín on Fernando de Patxot y Ferrer, que con el pseudónimo de «Ortiz de la Vega», scribió «Las ruinas de mi convento», narración publicada en Barcelona en 1851 que fué bien recibida.

Tres años más tarde, apareció en Madrid «La campana de Huesca», cuyo utor, don Antonio Cánovas del Castillo, era entonces un muchacho que se daa por la literatura, escribiendo prosa y verso, sin dejar de hacer caso por ello e la política, en la que ya comenzaba a despuntar, hasta el extremo de que el mismo año en que publicó su «Campana de Huesca», redactó también el célebre Manifiesto de Manzanares», en el que los progresistas pedían el establecímien- de la Milicia Nacional y con el que O'Donnell sacó de tino al pais y produjo na sublevación general que puso en peligro el trono de Isabel II.

Siguió a Cánovas, en orden cronológico de novelistas históricos, don Benito Vicceto, desdichadísimo autor de «Los Hidalgos de Monforte», obra que, no bstante le dió fama, al extremo de que alguien ha tenido la osadía o el humoismo de llamarle el Walter Scott de Galicia. ¡Ni más ni menos!...

Apareció más tarde en Cataluña don Víctor Balaguer, que, aparte de sus bras poéticas y de investigación, publicó diversas narraciones históricas, entre llas «El anciano de Favencia», «El doncel de la reina», «La espada del muer- », «El del capuz colorado» y «La guzla del cedro». Estas novelas tuvieron ran aceptación en las provincias catalanas y se leyeron también mucho en mérica. En Madrid no despertaron un entusiasmo loco.

Mejor suerte tuvieron las de Francisco Navarro Villoslada, que se reveló omo gran novelista en «Doña Blanca de Navarra» y «Doña Urraca de Castilla», onsiguiendo alcanzar rápidamente buena fama, que más tarde se refrendó con Amaya o los vascos en el siglo VIII».

También se hizo notar mucho la novela montañesa del siglo XVII «Ave Maris tella», de don Amós de Escalante, que la firmó con el pseudónimo de «Juan arcía».

En 1879 apareció la primera de las novelas históricas de don Emilio Castear, titulada «Fra Filipo Lippi», que no añadió ni un solo adarme a la gloria de u autor. Castelar, hombre muy ubícuo y escritor extraordinariamente prolífico, uiso abarcarlo todo, y, en realidad, de verdad, no abarcó más que la elocuena. Si en vez de cronistas anecdóticos de la novela, fuésemos críticos de Histoa, nos veríamos obligados a abrir algunas excepciones. Pero así, ni en favor e «El suspiro del moro» podemos hacerlo, con gran sentimiento de nuestro coazón, pues, admiradores fervientes del gran don Emilio, quisiéramos encontrar empre en sus obras escritas igual motivo de elogio que encontramos en sus bras habladas.

Y vamos con el último de los novelistas históricos, que, cumpliéndose una ez más la máxima evangélica, da la feliz casualidad que es el primero de todos. e llama don Benito Pérez Galdós.

Pero don Benito Pérez Galdós, merece capítulo aparte.

Un gran novelista español.—Don Benito Pérez Galdós.—Estudiante y periodista.—«La fontana de oro».—Aparecen los «Episodios Nacionales», y obtienen un éxito enorme.—Galdós y la novela de costumbres. ¿Cuánto ganó Galdós con sus obras?.—Galdós y el premio Nobel.

Al oscurecer el día 12 de Septiembre de 1863, salió del puerto de Las Palmas (Gran Canaria), ciudad en la que había nacido veinte años antes, un muchachote alto, fornido, pálido de color, recio de pelambre y de ojillos menudos y grises.

Desembarcó en Cádiz el 14 por la mañana y el 17 abandonó la «tacita de plata», dirigiéndose a Sevilla. Allí permaneció hasta el 22, que marchó a Córdoba, donde estuvo hasta el 25, día en que tomó la diligencia para Alcázar de San Juan y en Alcázar el ferrocarril que le dejó en la plaza de Atocha al amanecer el 27.

Venía el muchacho a cursar la carrera de Derecho y se instaló en una casa de huéspedes de la calle de las Fuentes, donde, como es natural, hizo todo menos coger un cochino libro. Libre de las trabas familiares, en cuanto se vió en Madrid, sólo pensó en ir a cafés, cenáculos, tertulias y parnasillos, por los que rodó durante dos años sin pena ni gloria y sin otras consecuencias que haber perdido lastimosamente el tiempo.

Dábale por la literatura y pasaba muchas horas del dia llenando cuartillas y más cuartillas, que luego no se atrevía a leer a nadie por temor a que los lectores se rieran de él. Hasta que un día se decidió, por consejo de un magistrado del Tribunal Supremo, amigo de su familia, llamado don Ricardo Molina, a enviar un artículo a «La Nación», periódico que dirigía Santín de Quevedo. Este leyó el artículo; le gustó, lo dió a las cajas y apareció a los dos días firmado con un nombre que nadie conocía entonces y que hoy conoce el mundo entero: Benito Pérez Galdós.

«La Nación» acogió benévola otros escritos del nuevo periodista y en aquel periódico figuró, como redactor de folletines y crítico de arte, hasta que Alvarez Ossorio fundó «Las Cortes», del cual pasó luego a «El Debate» de Albareda.

Fué entonces, 1870, cuando publicó su primera novela, «La Fontana de Oro», que obtuvo una excelente acogida. En 1881, publicó otra, «La sombra», y al año siguiente, «El audaz». La segunda apareció en la «Revista de España». Todas ellas dieron a su autor un gran renombre literario.

Con estos tres únicos precedentes se lanzó Galdós a la magna empresa que ha inmortalizado su nombre: a publicar los «Episodios Nacionales».

Estos aparecieron en este orden:

«Trafalgar», «La Corte de Carlos IV», «El 19 de marzo y el 2 de mayo», «Bailén», «Napoleón en Chamartín», «Zaragoza», «Gerona», Cádiz», «Juan Martín el Empecinado», «La batalla de los Arapiles», «El equipaje del rey José», «Memorias de un cortesano de 1815», «La segunda casada», «El Grande Oriente», «El 7 de julio», «Los cien mil hijos de San Luis», «El terror de 1824», «Un voluntario realista», «Los Apostólicos», «Un faccioso más y algunos frailes menos».

Estos veinte episodios forman las dos primeras series, y Galdós estuvo sin escribir otros, hasta 1898, en que reanudó la colección, publicando «Zumalacárregui», «Mendizábal», «De Oñate a la Granja», «Luchana», «La Campaña del Maestrazgo», «La Estafeta romántica», «Vergara», «Montes de Oca», «Los Ayacuchos», «Bodas reales», «Las tormentas del 48», «Narváez», «Los duendes de la camarilla», «La revolución de julio», «O'Donnell», «Aita Tethaue», «Carlos VI en la Rápita», «La vuelta al mundo en la Numancia», «Prím», «La de los tristes

destinos», «España sin rey», «España trágica», «Amadeo I», «La Primera República», «De Cártago a Sagunto» y «Cánovas».

Cuando, en enero último, murió el insigne escritor, tenía muy adelantado el episodio «Sagasta», que ha quedado sin terminar, y proyectados otros tres, los últimos de la serie quinta y final, titulados: «Las colonias perdidas», «La reina Regente» y «Alfonso XIII.»

¿Será preciso que ponderemos el valor histórico de estos episodios? Creemos que no. La aceptación enorme que desde un principio tuvieron, las numerosas ediciones que de todos ellos se han hecho y la popularidad que han llegado a alcanzar, son las pruebas más concluyentes de la importancia excepcional que en junto y aislados representan.

Para escribirlos, tuvo Galdós que registrar todos los archivos de España, leer innumerables documentos particulares, hojear infinitos periódicos y recorrer numerosos pueblos.

Estas excursiones solía hacerlas solo o, a lo sumo, acompañado de un familiar de su absoluta confianza. Viajaba en coches de tercera clase del ferrocarril y en postas y diligencias, se aposentaba en los mesones más humildes y hablaba con gentes de todas clases, siempre, claro está, que pudieran suministrarle los datos que necesitaba. Así pudo asimilarse de modo tan perfecto el ambiente de cada episodio. Conoció a gentes que asistieron a ellos, aun a los más remotos, o que tuvieron referencias directas, y ello dió a sus escritos una justeza de ambiente tan grande, que parecía que el mismo autor ha sido testigo de lo que refiere.

Galdós fué, además, un extraordinario novelista de costumbres, siendo sus principales obras en este sentido, las siguientes:

«La Fontana de Oro», «El audaz», «Doña Perfecta», «Gloria», «Marianela», «La familia de León Roch», «La de Bringas», «La loca de la casa», «Misericordia» y «El Abuelo».

Viene ahora una segunda parte, que los lectores querrán, seguramente, saber. ¿Cuánto ganó Pérez Galdós con sus obras? Vayamos con calma. El afirmó siempre que todos sus ingresos no habían llegado, ni con mucho, a un millón de pesetas. ¿Es estò verdad? Con todos los respetos que nos merece la memoria del insigne escritor, nos permitimos ponerlo en duda. La razón no puede ser más lógica. Galdós, como casi todos los grandes hombres, fué un pésimo financiero. Nunca supo lo que ganaba. Le hacían la entrega mensual o trimestral, la distribuía como se le antojaba, y aquí paz y después gloria. A esperar otro mes u otro trimestre.

En ocasiones, algunos apurillos provenientes de sus propios dispendios o de su mala administración, le obligaban a pedir cantidades adelantadas. Y después, no le salían las cuentas.

Siempre dió en administración sus obras. Sólo una vez se le ocurrió administrarlas por sí y se estableció en la calle de Hortaleza número 132. Esto fué en 1897. De cómo iría aquello da idea el hecho de que en seguida tuvo que renunciar a la empresa, entregando las obras a la Sociedad Perlado Páez y Compañía, que es quien se las ha administrado hasta su muerte.

Según cálculos hechos por dos de sus biógrafos, de las obras de Galdós se han tirado en treinta y cinco años unos *dos millones de ejemplares*, sin contar la edición ilustrada que comprende las dos primeras series de «Episodios». Dicha cifra de dos millones, parte de ella de tomos de dos pesetas y parte de tres pesetas, arroja un valor bruto de *5.000.000 de pesetas*, largos de talle. Si es cierto que las ganancias de Galdós no han llegado a un millón, dígannos ustedes lo que habrán ganado los editores.

Lo cierto es que Galdós, como Cervantes, ha muerto pobre, inválido y desamparado. Pero en medio de sus grandes infortunios, ha tenido un consuelo: el de verse inmortalizado en vida. En lo más frondoso del bellísimo Parque de Madrid, en un rinconcito apacible y recóndito, apartado por igual del bullicio estirado y cortés del paseo de coches y de la algarabía popular del estanque, se inau-

guró en enero de 1919, con asistencia del maestro, una magnífica y poderosa estatua de éste, construída liberalmente por el escultor Victorio Macho y costeada con el producto de la angustiosa postulación que hicieron por toda España los dramaturgos hermanos Alvarez Quintero, los novelistas Francés, Ramírez Angel y González Blanco y el poeta Zurita.

La estatua, que es uno de los mejores monumentos de su clase en Madrid—el mejor quizá de todos—, costó la insignificante cantidad de dos mil duros, cifra modestísima muy adecuada a la austeridad con que siempre vivió el gran novelista y la pobreza con que ha muerto.

Para completar las noticias bibliográficas de Galdós, daremos un breve resumen de las traducciones de que han sido objeto sus obras.

De los Episodios, sólo han sido traducidos cuatro: «Trafalgar», que lo está al inglés y al alemán; «Zaragoza» y «La batalla de los Arapiles», al inglés, y «La campaña del Maestrazgo» al francés.

De «Doña Perfecta» se han hecho cuatro ediciones distintas en Inglaterra y los Estados Unidos, dos en Francia y una en Alemania, Suecia, Italia, Holanda y Dinamarca.

«Gloria» ha sido traducida dos veces al inglés, una al alemán y otra al italiano.

«Marianela», dos también al inglés, dos al francés, una al alemán y otra al italiano.

«La familia de León Roch», una al inglés y otra al sueco.

«El amigo manso», una al francés y otra al alemán.

«Misericordia», al francès.

«Torquemada en la hoguera», al sueco.

Y «Nazarín» y «La Fontana de Oro», al italiano.

Del teatro de Galdós sólo ha sido «Electra», que lo está dos veces al alemán y una al holandés, portugués y dinamarqués.

En total, 38 traducciones. ¿Que cómo se explica esto en un autor de fama mundial? Muy sencillo: Galdós ha sido, ante todo y sobre todo, un escritor absolutamente español, cuyas obras, por tratar esencialmente de España, no interesan más que a los españoles. Y esa—pensando piadosamente—ha sido también la causa de que al llorado novelista no se le concediera el Premio Nobel que le había brindado—nos consta—la Academia Sueca, y en el que el pobrecillo tenía puesta toda su ilusión. Porque no vamos a ser tan miserables que sospechemos que si la Academia Española no le propuso para tan alta recompensa fué por el hecho de profesar ideas republicanas. ¿Qué tiene que ver la República con las Témporas? Además, si fuéramos a analizar las cosas detenidamente, es muy posible que Galdós fuese mucho menos republicano que algunos que alardean de monárquicos. Al día siguiente de su muerte, publicó *A B C* un artículo, de cuya importancia no podemos hablar por razones especiales, en el que se demostraba que el ilustre escritor tenía de republicano lo mismo que de fraile, que era un admirador fervoroso de S. M. el Rey y que si fué diputado republicano más se debió a la bondad y a la debilidad de su carácter, que a sus ideas íntimas.

¿Por qué, pues, murió Galdós bajo la pesadumbre de no tener el Premio Nobel?

La novela de costumbres.—«Fernán Caballero».—Don Pedro Antonio de Alarcón.—El escándalo de «El escándalo».—Valera y «Pepita Jiménez».—Pereda y la montaña.—Otra novela escandalosa: Pequeñeces», del padre Coloma.—¿Se trata de una obra real?—«Clarín»

Andábase por los ocasos el año 1848, y España, como de costumbre, ardía en un candil, conmovida por sus mismos problemas políticos y envalentonadilla por

el ejemplo de la vecina Francia, donde acababa de proclamarse la segunda República. Sor Patrocinio, la célebre Monja de las llagas, manejaba a su gusto los hilos de la camarilla palaciega y hacía y deshacía Ministerios, con gran enojo de Narváez, que no la podía ver ni en pintura, y notoria complacencia del padre Fulgencio, que subía como la espuma a medida que el rey consorte se daba por frecuentar el Santo Tribunal de la Penitencia...

Las letras españolas, pasados los primeros entusiasmos del romanticismo, habían entrado en una laxitud sospechosa. Zorrilla y Bretón se veían y deseaban para satisfacer las demandas de obras que les hacían Matilde Díez y la Llorente, Romea y La Torre. La novela, poco en boga aún, no tenía ninguna base sólida para afincarse en el público.

Fué entonces cuando se revelaron dos escritores de positiva importancia: Eulogio Florentino Sanz, que era todavía un chiquilicuatro y que estrenó su magnífico drama «Don Francisco de Quevedo», en el beneficio de Romea, y Cecilia Böhl de Faber, que publicó «La gaviota», su primera novela.

En la aparición de esta obra ocurrieron circunstancias extraordinarias. En primer lugar, su autora no era española, no era joven y no era conocida más que como dama de excelente posición social, que había contraído tres nupcias sucesivas y que estaba unida a la Reina por una amistad muy estrecha.

En vano fué que ocultase su nombre bajo el seudónimo de «Fernán Caballero» y que los redactores de «El Heraldo», donde apareció «La gaviota», no revelasen a nadie el nombre de la nueva escritora. Pronto se supo todo, y empezaron las hablillas, las discusiones y los polémicas. Venirse con una novela de costumbres apacibles en tiempos de costumbres revolucionarias era el colmo de la candidez o de la inoportunidad.

Sin embargo, la novela se leyó largamente y a ella siguieron «Cosa cumplida... sólo en la otra vida», que apareció en 1852; «Lágrimas» y «Un verano en Bornos», en 1858, «La familia de Alvarado», «Una en otra» y «Vulgaridad y nobleza», en 1861; «Clemencia», en 1862, etc.

Que el nuevo género merecía la pena díjolo inmediatamente el público, comprando diversas ediciones de las anteriores obras, muchas de las cuales fueron traducidas a varios idiomas. y que estaba llamado a ocupar un puesto trascendental en la patría literatura lo demostró el hecho de haber conquistado muchos y buenos prosélitos que, andando los años, habían de elevar la novela de costumbres a la altura en que después la vimos.

Quizá nosotros, en nuestro sencillo afán de hacer crónica y no crítica, incurramos insensatamente en algunos pecadillos de esos que tan a pecho toman los señores del látigo, por no colocar a cada autor y cada novela en el casillero correspondiente. Si así es, perdónesenos y castíguennos con no seguir leyendo los amigos de divisiones y subdivisiones, escuelas, grupos y clases. Nosotros nos atenemos a clasificaciones muy amplias, y dentro de ellas, al orden cronológico. Si alguna preferencia damos, es cuando llega un autor que, como Galdós, merece, a nuestro leal saber y entender, que se le saque del catálogo general.

Casi al mismo tiempo que «Fernán Caballero», aunque había nacido cuarenta años más tarde, empezó a escribir don Pedro Antonio de Alarcón, muchacho recién llegado de Guadix a la corte con unas ínfulas revolucionarias que metían miedo y que no se avenían ciertamente con la alcurnia tradicional de su ilustre familia.

Veintidós años tenía cuando publicó su primera novela y ya contaba con antecedentes literarios, aunque no muy estimables, en verdad, pues siendo redactor de «El Látigo» se había dado a conocer de tirios y troyanos como un demagogo de magnífica dentadura, capaz de hacerse una ensalada con todos las frailes y todos los aristócratas de la nación.

La novela en cuestión se titulaba «El final de Norma» y apareció en Madrid en 1855. Alarcón la había escrito en su pueblo natal, antes de cumplir los diez y siete años. No obstante, tratábase de una narración amena, fértil en lucubraciones idealistas, y el público la aceptó con verdadero cariño.

En 1859 se alistó el novelista granadino como voluntario en el batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, marchando a Africa, donde hizo toda la campaña a las órdenes del general Ros de Alamo, y escribió el «Diario de un testigo», que había de depararle inmensa popularidad.

El éxito que obtuvo esa obra fué verdaderamente enorme. De la primera edición se vendió la friolera de 50.000 ejemplares, con un beneficio de medio millón de pesetas para sus editores, Gaspar y Roig.

Vuelto Alarcón a la Península, se dió a viajar por Italia, publicando sus impresiones en un tomo titulado «De Madrid a Nápoles».

Después, entre la azarosa vida de la revolución, en España unas veces y fuera de España otras, escribió sus magníficas novelas «El niño de la bola», «La pródiga», «El capitán Veneno», «El sombrero de tres picos» y «El escándalo».

Las dos últimas son las más interesantes para nuestro objeto. Con «El sombrero de tres picos» resucitó Alarcón la novela picaresca clásica. Su dicción, su estilo, parecen arrancados de las más bellas páginas de Hurtado de Mendoza o de Quevedo. La publicación de dicha novela fué un éxito resonante.

Pues mucho mayor lo fué el de «El escándalo». Cuando todos creían a Alarcón un hombre de ideas avanzadas, semiateo, como buen seminarista renegado, y anarquizante, se arrancó de pronto, en 1875, con esa obra, que es el panegírico novelesco más ferviente que se ha hecho de la Compañía de Jesús.

No hay que decir la escandalera que armó «El escándalo». Primeramente, fué una especie de asombro, que anudó las voces en las gargantas y engarabitó las plumas entre los dedos. Se veía y no se quería creer. ¿Cómo era posible que don Pedro Antonio de Alarcón, uno de los prestigios más sólidos del radicalismo español, saliese por peteneras de aquel modo tan ostensible?

Cuentan que el gran novelista, que cinco años antes había contraído matrimonio con una virtuosa dama, se dejó guiar por los amables consejos de ésta, y poco a poco fué aceptando sus doctrinas.

También se habla, como en el caso del padre Coloma, de cierto lance que puso en peligro la vida de Alarcón... Nada creemos ni nada dejamos de creer. Lo primero, lo del matrimonio, nos parece perfectamente posible. Lo segundo, lo del duelo—y mucho menos si los que de él hablan se refieren al que tuvo con el poeta Heriberto García de Quevedo—, es resueltamente inadmisible.

Aquí la cuestión principal estriba en que Alarcón tuvo el valor indecible de desafiar las iras de sus antiguos amigos, sin buscar la reconciliación con sus enemigos. Vió la novela, la escribió y la publicó, sin preocuparse de más.

Quisieron desacreditarla los anticlericales y sólo consiguieron hacer que se vendiera más. En casos como el de «El escándalo» o como el de «Pequeñeces...», el ataque furioso, apasionado, vehemente, el palo de ciego, que pudiéramos decir, es contraproducente. Algo tendrá el agua cuando la bendicen, razonan las gentes y compran como pan bendito los libros que los «malditos» combaten.

Y a otra cosa.

Hasta 1874 no empezó a publicar novelas don Juan Valera, que ya por aquel entonces tenía muy cerca de cincuenta años... Ya sabemos lo que va a decir más de algún lector de esos que se consideran atacados de criticastrísmo: «¡Aunque nos las habiera escrito nunca!»... Poco a poco. Es ciertísimo que Valera, como crítico y como erudito resulta cien veces más estimable que como novelista, pero ¿quiere esto decir que como novelista debemos regatearle el puesto eminente que ocupa en la literatura de los últimos lustros del siglo XIX?

Valera, como todos los hombres muy cultivados, no podía ser, esto es verdad, un gran poeta, y no lo fué, porque los versos suyos resultan fríos, faltos de espontaneidad, de inspiración, de poesía... Pero, en cambio, pudo ser un excelente novelista. Y lo fué. Su primera obra «Pepita Jiménez», que es la más notable de todas—o al menos la que más se ha vendido—se publicó en los números del 28 de Marzo, 13 y 28 de Abril y 13 de Mayo, de la *Revista de España*, correspondientes al mencionado año de 1874. La obra gustó mucho. Inmediatamente la reprodujo *El Imparcial* en el folletín de la edición de provincias y lo propio hi-

ieron el *Journal des Débats*, de París, y *La Perseverancia*, de Milán. Esto demostrará el éxito que obtuvo.

Además, en cinco años, se hicieron de ella siete ediciones, en España: tres por cuenta del autor; otra, por cuenta de don Abelardo de Carlos; dos, por la de Perojo, y otra por la de Fernando Fé. Posteriormente ha alcanzado en España unas quince ediciones más.

Inmediatamente después de publicada, se tradujo al francés, al portugués, al bohemio y al italiano, y se reprodujo en varíos periódicos de América, apareciendo nuevas ediciones en Caracas y Buenos Aires.

A «Pepita Jiménez» siguieron «Las ilusiones del doctor Faustino» (1875), «El Comendador Mendoza» (1877), «Doña Luz» y «Pasarse de listo» (1878), «Juanita la Larga» (1896), «Genio y figura» (1897), y «Moreamor» (1899), y otras, todas las cuales han alcanzado bastantes ediciones y han sido traducidas a diversos idiomas.

Otro novelista contemporáneo de Valera y más popular que él, fué don José María de Pereda, hidalgo montañés, hombre muy rico y enamorado de su tierra, que habiendo apenas residido en la Corte, adquirió desde sus primeros escritos un nombre envidiable. Esto, para los que hablan de centralismos. Aquí ni hay tales centralismos ni tales carneros. El que tiene talento lo demostrará siempre, sea desde la Montaña, como Pereda, sea desde Extremadura, como Gabriel y Galán. Claro está que si vive en Madrid y al tanto de los movimientos literarios, miel sobre hojuelas.

Pereda escribió su primer articulo en un semanario de Santander, llamado *La Abeja Montañesa*. Fué esto en 1858, teniendo el autor 24 años, y titulándose el artículo «¡Ya escampa!» Tuvo una gran aceptación y Pereda siguió escribiendo otros muchos en la prensa santanderina, colaborando después en la *Revista de España*, que era entonces la publicación que daba el espaldarazo a los escritores, y editando en 1864 su primera obra «Escenas montañesas»

Obtuvo un éxito grandísimo en la región santanderina, bastante regular en Madrid y mediano en el resto de España. La edición se agotó aunque no rápidamente, y Pereda publicó siete años más tarde (1871) la segunda serie de las mismas escenas, titulada «Tipos y paisajes», obra con la que consiguió alcanzar excelente reputación de costumbrista.

Roto el hielo, Pereda no dió paz a la pluma, y en 1874 publicó «Los hombres de pira», a la que siguieron «Bocetos al temple» (1876), «Tipos trashumantes» (1877, Santander), «El buey suelto...» y «Don Gonzálo González de la Gonzalera» (1878), «De tal palo tal astilla» (1889), «Esbozos y rasguños» (1881), «Pedro Sánchez» y «El sabor de la tierruca» (1884), «Sotileza» (1885), «La Montalvez» (1888), «La Puchera» (1889), «Nubes de estío» y «Al primer vuelo» (1891) y «Peñas arriba» (1892). Allí pareció detenerse la labor del insigne novelista. Desde entonces hasta su muerte, ocurrida en 1906, escribió muy poco.

Con ser conocidísimas todas las novelas de Pereda, hemos de añadir que las de mayor éxito fueron, además de las dos series de «Escenas montañesas», «De tal palo tal astilla», «Sotileza», «La Puchera», «El saber de la Tierruca» y «Peñas arriba». De todas ellas, y especialmente de las últimas se han hecho numerosas ediciones que alcanzan muchos miles de ejemplares, estando extendidas considerablemente por las Repúblicas hispano-americanas, donde su autor goza una fama grandísima.

Cuando faltaba poco tiempo para que Pereda enmudeciese, alzó su voz—por una sola vez tonante y poderosa, apacible el resto de las veces—, uno de los novelistas que más apasionamientos han despertado en España: el jesuíta P. Luis Coloma.

Ocurrió el hecho de referencia en 1891, al aparecer en las librerías la primera edición de «Pequeñeces...» Esta novela se había publicado un año antes en el «El Mensajero del Corazón de Jesús», sin que produjera sensación alguna. La sensatez prejuiciosa de los lectores de la popular revista católica hizo que la

obra del P. Coloma pasase sin producir ningún suceso sensacional. Bien es cierto que fuera del público habitual de la mencionada revista, no la leyó nadie.

Pero apareció en libro, en 1891, y la tremolina que se armó no es para descrita. Se sacaron a relucir la vida y milagros del autor, se habló de una porción de cosas que en resumen de cuentas no le importaban a nadie, y se promovió una de discusiones y de tiroteo que encendía el pelo. Nosotros, que no sentimos ni frío ni calor, y que si como cronistas apenas nos llamamos Pedro, como idealistas en materia de religión, somos esencialmente respetuosos para todo el mundo—siempre partiendo de la base de una ortodoxia absoluta—, vamos a dar unas cuantas noticias que creemos han de ser suficientes para que el lector conozca la verdad de «Pequeñeces...»

El P. Coloma era un jacarandoso andaluz, nacido en Jerez de la Frontera, de distinguida familia, que gozaba de desahogada posición social. A los doce años entró en la Escuela Preparatoria Naval, de la que salió pronto, yendo a estudiar a Sevilla la carrera de Derecho. Allí conoció y trató mucho a «Fernán Caballero», que era ya entonces una ancianita respetable y que guió al futuro jesuíta en sus primeros pasos de escritor.

Es indudable, también, que «Fernán Caballero» metió a Coloma en los gofondrones de la política, pues entusiasmada la viejecita con los duques de Montpensier, que aspiraban por entonces al trono de España, y entusiasmado el muchacho con la viejecita, se vió en más de un apuro, perseguido a veces y espiado con frecuencia, como conspirador.

Cuando Coloma concluída su carrera de abogado, vino a Madrid, se le abrieron fácilmente los salones aristocráticos, en los que pudo ver por sus propios ojos las costumbres de nuestra buena sociedad. No es extraño, pues, que luego describiese escenas de éstas con el colorido y la seguridad del más consumado cronista de salones.

Un suceso desgraciado, provocó la vocación religiosa del P. Coloma. Cuanto se empeñen en decir en contra todos los biógrafos habidos y por haber, tendremos que echarlo en saco roto. Cuentan estos biógrafos que estando limpiando un día la pistola, se le disparó, hiriéndole de gravedad en el pecho. Y añaden que ese caso fortuito no influyó para nada en la resolución que inmediatamente tomó Coloma, de dejar el mundanal ruido y abrazar el estado eclesiástico... ¡Pamplinas para los canarios! Lo que parece más cierto es que Coloma, que andaba metido en trotes de periodismo y en libros de caballería—llamemos así a las andanzas amorosas entre gentes de postín—, tuvo un desafío, y su contrario le metió en los pulmones una bala que le puso a las puertas de la muerte. Se acordó entonces de que había un Dios que castiga muy severamente a los que mueren en desafío, sintió miedo de su excelsa justicia, y se propuso desagraviar absolutamente a quien tan cerca de juzgarle había estado. Como Coloma tuvo especial cuidado en no decir a nadie la causa de su resolución, todos sus amigos, su familia, y «Fernán Caballero», especialmente, trataron de disuadirle. Nadie adelantó nada. El chico se mantuvo terne que terne, y poco después, en Octubre de 1874, cuando tenía veintitrés años, salió para el castillo de Poyannes, en Francia, donde los jesuítas desterrados de España tenían un Noviciado e ingresó en él, ordenándose de sacerdote diez años después, y coincidiendo la ordenación con sus primeras publicaciones: «Ranoque», «Polvos y lodos», «¡Paz a los muertos!», «El primer baile», «La almohadita del niño Jesús», «La batalla de los cuervos», «Historia de un cuento» y otras que figuraron después en sus libros «Lecturas recreativas» y «Cuentos para niños», que el que más y el que menos de nosotros ha leido, con sincera emoción, en sus años de estudiante, entre los escolapios o con los jesuítas.

Posteriormente, fueron apareciendo en «El Mensajero», otros cuentos, tales como «Las dos madres», «Periquillo sin miedo», «La camisa del hombre feliz», «Las tres perlas» y «¡Porrita, componte!».

Poco después, publicó la primera obra novelesca de alguna importancia. Se

ılaba «Juan Miseria», era una imitación no muy feliz de otras, y pasó casi ıdvertida. Lo mismo ocurrió con «Por un piojo» y «Los conspiradores».

La fama legítima del P. Coloma estriba exclusivamente en «Pequeñeces...» y podía alcanzarla en ninguna otra obra. Esto es indudable. Ni aun en «La na mártir», «Jeremías», «El marqués de Mora» y «Boy», todas ellas posterio-; a la novela de referencia, consiguió Coloma notoriedad alguna.

Hemos dicho ya que «Pequeñeces...» apareció en 1891, y debemos añadir, rque es verdad, que su aparición fué uno de los éxitos más resonantes que re-ıtra la moderna literatura española. Toda la Prensa se ocupó de la novela, los los críticos expusieron su opinión acerca de ella, y la obra fué discutidísi-ı. Desde Castelar y don Juan Valera hasta el último gacetillero incógnito, con-dieron a «Pequeñeces...» importancia excepcional. Los grandes jueces litera-ıs emplearon muchas cuartillas en comentarla. Los que, por comodidad, por nvicción o por prurito de singularizarse alardeando de indiferencia religiosa, supieron explicarse el éxito fenomenal del P. Coloma, esforzáronse en seña-· a éste pecadillos gramaticales, de los que nadie, ni el mismísimo Cervantes, tá libre.

Entre los críticos que más se distinguieron en sus ataques contra «Pequeñe-s...», figuraron «Clarín», «Fray Candíl», el Marqués de Figueroa, el P. Mir, ıuita como el autor, y los ya citados Castelar y Valera. Este último, sobre to-s, arreó al P. Coloma tremendos varapalos desde un folleto que publicó, titu-do «Currito de Albornóz».

Entre los que elogiaron la novela hay que contar a don Alejandro Pidal, don ılentín Gómez, doña Patrocinio de Biedma, don Luís Alfonso, don Federico ılarto, y especialmente doña Emilia Pardo Bazán, que hizo un magnífico estudio ella en el número del «Nuevo Teatro Crítico» correspondiente al mes de abril 1891, examinando «Pequeñeces...», con toda imparcialidad y señalando las nu-ırosas bellezas así de forma como de fondo, que tiene.

Del apasionamiento que la publicación de la obra del P. Coloma produio dará ıa el hecho de que el «Heraldo de Madrid», (tuvo abierto durante quince días ısde el 2 al 18 de abril del mencionado año), y en la primera plana nada menos, juicio público y contradictório acerca de ella, exponiendo allí su opinión nu-ırosos literatos.

Lo que más intrigó al público desde el primer momento, fueron los personajes «Pequeñeces...». La gente se esforzaba en adivinar en ellos a personas cono-lísimas de la aristocracia y de la política. Como refería hechos concretos y ırtos—por ejemplo, la famosa manifestación de las peinetas organizada por Du-zcal en la Castellana un día de carnaval—, todo el mundo encontraba evidente-recidos, que el autor estuvo muy lejos de hacer. Pero vaya usted con explico ınes al pueblo cuando el pueblo se obstina en ver una cosa. Las que sincera-ınte dió el P. Coloma desvaneciendo determínadas sospechas y restableciendo la verdad, no convencieron a nadie. Y ésta es la fecha que «Pequeñeces...» ;ue siendo una novela basada en una historia real y sostenida con personajes carne y hueso a quien todo Madrid ha conocido... menos al P. Coloma.

Este vendió en cuatro años más de 30.000 ejemplares de «Pequeñeces...», has ındo cinco ediciones en el mismo en que apareció y otras muchas en los suce-ʼos.

Y para terminar este capítulo, que ya va siendo largo, vamos a hablar, siquie-sea brevemente, del último de los novelistas contemporáneos fallecidos, de ɔpoldo Alas, más conocido en el campo de las letras por el pseudónimo de Clarín».

A este escritor le perjudicó mucho ser crítico cuando quiso ser novelista. Co-ɔ quiera que se pasó la vida arreando palos a diestro y siniestro, así que anun-ɔ que iba a publicar una novela, todos los escritores se pusieron en guardia, eparándose a embestirle, buscándole el lado más flaco.

Apareció, en efecto, «La Regenta», y allí fué Troya. Los que habían visto en ras ocasiones asendereadas sus costillas por el látigo de «Clarín», quisie-

ron tomarse la revancha, y sin tener en cuenta que la mayor parte de los latiga-zos habían sido justos y merecidos, empezaron a despotricar contra la novela y contra su autor, haciendo a aquella una guerra a muerte y negando a éste el agua y la sal.

No era para tanto. Cierto que ni «La Regenta», ni «Su único hijo», que son las dos novelas de «Clarín» que por su extensión merecen el nombre de tales, pue-den codearse con otras de la misma época; pero tampoco merecen el trato des-piadado que algunos las dieron.

Y es que en España, el papel de crítico sólo sirve para depararse enemista-des y conquistarse odios. Aquí no se puede decir la verdad a nadie, desde el mo-mento en que la verdad no parezca grata al interesado. No admitimos que se se-ñale la más pequeña mota a nuestro talento ni que se apunte la más insignifican-te objeción a nuestras obras. Somos inviolables y pluscuamperfectos.

¿No será esa condición un reflejo de nuestra misma incultura, que nos hace ser insensatamente ególatras y soberbios?

Los que murieron prematuramente.—Alejandro Sawa y el beso de Victor Hugo.—Angel Ganivet.—«Silverio Lanza».—Arturo Reyes.—Las novelas de Dicenta.—Un gran novelista: Felipe Trigo.

Entre los muchísimos novelistas muertos en los últimos años, hay no pocos que merecen nuestra atención, siquiera lo urgente que es para nosotros no dejar libre la pluma para que el trabajo no exceda del número de páginas corriente en los extraordinarios de esta revista, nos obligue a comprimirnos, contra nues-tra voluntad y buen deseo.

Uno de esos escritores fué Alejandro Sawa, hombre de gran talento, bohe-mio empedernido, último representante del romanticismo español del siglo pasa-do, que murió ciego y pobre, tras una vida azarosa y nómada por esas tierras de Dios.

El humorismo un poco agresivo y mortificante de Bonafoux, cargó a Alejan-dro Sawa con el repugnante sambenito de que nunca se tomaba la pequeña moles-tia de lavarse el rostro, porque habiendo ido a París con el exclusivo objeto de conocer personalmente a Victor Hugo y habiéndole hecho éste el honor de be-sarle en la frente, Sawa no quería borrar en modo alguno las huellas de los la-bios del inmortal poeta. Otros cuentan la misma leyenda, diciendo que quien le besó fué Verlaine... Lo cierto es que no fué ninguno de los dos. Bonafoux lo dijo así algún tiempo después, añadiendo que había querido dar una broma al pobre romántico.

Este, que pudo vivir espléndidamente con el producto de su pluma, arrastró una existencia miserable. Era muy perezoso y sólo se dignaba escribir cuando la necesidad le obligaba a ello imperiosamente.

Su primera obra se tituló «Un crimen legal». A ella siguieron «Noche», «De-claración de un vencido» y «Fiestas galantes». Al morir dejó escrito otro libro —quizá el más importante—que editó su viuda, doña Juana Poirrier, y que se ti-tula «Iluminaciones en la sombra».

Otro escritor ilustre por mil conceptos fué el granadino Angel Ganivet, que habiendo conquistado merecida reputación de poeta delicado y de crítico sutil en obras tan notables como «Idearium», «La conquista del reino de Maya», «Grana-da la bella», «Cartas firlandesas». «El escultor de su alma» y «Epístolario», al-canzó verdadero renombre de novelista con «Pío Cid», narración interesantísi-ma, que hizo a las letras españolas la promesa formal de un gran novelador. Desgraciadamente, esa promesa quedó incumplida, porque Ganivet se suicidó en Rusia, a los treinta y tres años.

Menos conocido que los anteriores, aunque en justicia debiera serlo tanto como ellos, fué Juan Bautista Amorós, que firmó sus escritos novelescos con el pseudónimo de «Silverio Lanza». Pero vivió apartado del trato de las gentes, refugiado en un pueblo, sin ver a nadie, y pasó completamente inadvertido, hasta el extremo de que si hoy empieza el público a conocer sus obras, es debido al cariño de su discípulo Ramón Gómez de la Serna, que las ha desenterrado, dándolas a la publicidad.

Algo de esto, aunque no tanto, sucedió también a Arturo Reyes, a quien perjudicó notablemente el vivir siempre en Málaga. Así se explica cómo sus lindas novelas tuvieron en un principio tan poco marco y tan escaso número de lectorss, siendo así que debieran figurar entre los más felices cuadros de la vida andaluza. La primera novela de Reyes se tituló «Cartucherita» y a ella siguieron «El lagar de la Viñuela» y «La Goletera».

También queda incluído entre los novelistas—aunque parezca algo extraño—Joaquín Dicenta, que, claro es, mejor estaría en la lista de dramaturgos, pues la enorme fama de que gozó en vida no la debió ciertamente a la novela, ni a la crónica, ni a la poesía, géneros que cultivó, sino al teatro, que es donde hay que rebuscar su verdadera personalidad literaria. Como poeta, Dicenta no hubiese merecido nunca otro calificativo que el de inspirado. Como cronista, hubiera dado un paso más, logrando el adjetivo de brillante. Como novelista, no adquirió tampoco un relieve extraordinario...

Según confesión propia, Dicenta ganó con la pluma muy cerca de un millón de pesetas, cantidad que, según hemos visto, niega haber ganado Galdós. ¿Cómo puede explicarse esto? ¿No exageraría algo el bueno de don Joaquín?... Porque, es indudable, Galdós escribió muchísimo más que Dicenta, y sus obras, en general, tuvieron mayor aceptación. Se nos dirá que Dicenta tuvo éxitos teatrales enormes, como «Juan José» y «El señor feudal», y nosotros responderemos que también los tuvo Galdós en «Electra», «La loca de la casa» y «El abuelo». «Juan José» no pudo dar a su autor todo ese dinero, pues Dicenta afirmaba que le había producido unos 60.000 duros. ¿De dónde sacar, pues, el resto?... Pero nos estamos metiendo en lo que no nos importa. ¿Qué nos va ni qué nos viene a nosotros con que Dicenta ganase millones o los dejase de ganar? Para nosotros lo único interesante es que fué un gran dramaturgo, un enorme dramaturgo y que a la sombra de sus obras teatrales, pudo escribir sus novelas «Galerna» y «Los bárbaros», que si bien no añadieron ningún nuevo resplandor a su gloria, merecieron que se las tenga en cuenta siempre que se hable de la novela contemporánea española.

Felipe Trigo marca uno de los momentos más interesantes de la novela española, a juzgar por el número de sus imitadores y las controversias tan encendidas que suscitó su doctrina y su dialéctica. Felipe Trigo fué el escritor más personal y más brillante de su tiempo. Antes que un poeta y un pintor, a la usanza de todos los grandes novelistas, fué un pensador, que hablaba siempre «en nombre de la vida».

Como Paul Bourget, como Marcelo Prevost, su obra descansa principalmente en el culto a la mujer. «La mujer debe ser Venus, con el mismo resplandor de la Concepción Inmaculada». No pinto hembras vulgares, sin otro culto que sus rudimentarios apetitos, sino mujeres de carne y hueso, llenas de complejidad, y cuyas flaquezas él las purifica con la delicada gracia de su arte, y lo que en sus imitadores fué torpe lujuria, en él fué poesía, sensualidad del gran señor del Renacimiento: por eso, sus novelas de mujeres no han podido ser imitadas: o se caía en la tontería o se caía en la obscenidad: sólo él, pudo mantenerse en «la medida» de la que decía Goethe que era el sello del genio.

Otra cualidad contribuía a personificar más vivamente al esclarecido autor de «La Altísima». Y era su estilo, aparentemente tan artificial, tan atormentado. Aquella extrana construcción gramatical, según propia confesión, fué su pesadilla, al punto de obligarle a rehacer una cuartilla varias veces. Esta escrupulosidad, hermana de aquella otra de Faubert hacía tan penosa su labor, que de algu-

nas obras se conservan dos originales completos... Pero esa tergiversación de las palabras, no era irreflexiva, sino habilmente preparada para obtener «una mayor intensidad en el lenguaje», como atestigua en su famosa novela «Las ingenuas».

Ello no fué óbice para que Felipe Trigo escribiera obras como «El amor en la vida y en los libros», «Socialismo individualista» y «Del frío al fuego», en un estilo muy fácil y muy gramatical, pero que no le satisfizo bajo el punto de vista estético.

El ilustre novelista y médico, para ser en todo personal, lo fué hasta en su carácter. Tuvo el doble talento, del hombre y del artista. Los grandes reclamos para sus novelas, no los obtenía él, al estilo de otros autores, enviando ejemplares a los críticos amigos y a las redacciones de los diarios. No. Felipe Trígo, tendía al crítico incauto, hábilmente su red, para encender una gran polémica, sobre cualquier motivo baladí, como una pequeña falta gramatical a veces, u otra cualquier bagatela, alrededor de la cual, todos los periódicos de España estaban hablando quince o veinte días, lo cual, como es consiguiente, redundaba en beneficio de la obra, que obtenía de esta ingeniosa manera, un reclamo tan formidable como gratis y al mismo tiempo una gran popularidad que contribuía a hacer aun más interesante su figura. En este sentido podrían referirse de él interesantísimas anécdotas.

En cierta ocasión, prologando la obra de un escritor novel, escribió intencionadamente «los insignes Prevots, d'Annunzzio y Felipe Trigo...» Toda la crítica, en vez de sonreir ante aquel rasgo de hmorismo, se sintió ante este auto-bombo como herida por un rayo, con gran alegría de Felipe Trigo, que tanto le divertian aquellos torneos que él tan sabiamente preparaba. Benavente, en los famosos «Lunes del Imparcial», puso término a esta polémica, diciendo que bien podía llamarse insigne a un novelista que había escrito «Las ingenuas».

Con Fernández y González, Galdós, Palacio Valdès y Blasco Ibáñez, Felipe Trigo ha sido de los escritores que más dinero ha ganado en España. Ello no fué óbice para que cierta poderosa casa editorial cuyo nombre no viene al caso, le *ofreciera* quinientas pesetas por «Los Ingenuas», un bonito y redondo negocio, que el autor de «La Altísima» no aceptó.

Tras «Las ingenuas», que fué un enorme éxito editorial, vinieron «La sed de amar». «El alma en los labios», «Del frío al fuego», «La Altísima», «La Bruta», «La de los ojos de color de uva», «Sor Demonio», «En la Carrera», «La clave», «Las Evas del Paraíso», «Las posadas del amor» «El médico rural»... Todas ellas tuvieron una aceptación tan grande como merecida, hasta el punto de que desde el momento que una casa editorial anunciaba la publicación de una obra de Trigo, empezaban a lloverle peticiones de todas partes. En América tenía el gran novelista una venta enorme, mayor aún que la de España, con ser ésta grandísima, y le pagaban por los derechos de reproducción cantidades fabulosas.

Ningún autor ha vendido en los últimos tiempos más libros que Felipe Trigo. De todas sus obras se han agotado numerosas ediciones, siendo las que más fama han alcanzado «Las ingenuas», «La Altísima», «La Bruta», «La de los ojos de color de uva», «Sor Demonio», y «La clave».

Y con éstos nombres damos fin a la relación de los novelistas fallecidos, para empezar ahora con la de los que aún viven, y sea por muchos años.

Los que viven.—La mujer y la novela.—La condesa de Pardo Bazán y su enorme obra.—«Colombine» y sus viajes.—Concha Espina y su constancia.

Un elemental deber de galantería nos obliga a encabezar la relación de los novelistas actuales, con los nombres de las damas ilustres que vienen cultivan-

o en España el género narrativo. Y entre ellas, justo es decir que corresponde l primer lugar, por muchísimos conceptos, a la eximia Condesa de Pardo ¡azán.

Se reveló como novelista esta gran escritora el año 1877, publicando en la Revista de España», su primera obra de esa clase, titulada «Pascual López (Autobiografía de un estudiante de Medicina)», que poco después, en 1879, se editó n tomo aparte.

Antes había publicado ya la señora Pardo Bazán otros tres libros de distinta ndole: «Estudio crítico de las obras del padre Feijóo», «Los poetas épicos crisanos» y . Ensayo crítico del darwinismo.»

«Pascual López» obtuvo un éxito muy feliz, que su insigne autora vió refrenado en seguida al publicar, en 1881, «Un viaje de novios», al que siguieron el de El cisne de Villamorta», obra que apareció en 1885, y el formidable de «Los azos de Ulloa», en 1886. Este último es quizá el mayor de cuantos en su larga arrera literaria ha conseguido la Condesa de Pardo Bazán, y desde luego, el ue vino a consolidar su reputación, haciendo que se popularizase su nombre en spaña y que se extendiera considerablemente por el extranjero, a doce de cuyos idiomas fué traducida rápidamente la interesantísima novela.

Siguieron a «Los pazos de Ulloa» otros muchos libros novelescos, tales como «La madre Naturaleza» (1887), «Insolación» y «Morriña» (1889), «Una crisana» y «La prueba» (1890), y la notable escritora, que, según propia confesión, mpezó por aquellos días a recoger los primeros frutos de sus obras, vióse dese entonces ocupando un puesto de honor, en la primera fila de los novelistas ontemporáneos.

La lista completa de sus obras es enorme, pues alcanza a sesenta tomos, en lgunos de los cuales hay varios asuntos. En lo que a la novela se refiere, debemos añadir a las ya citadas con anterioridad, las siguientes: «La piedra angular», La Tribuna», «Doña Milagros», «Memorias de un solterón», «El saludo de las rujas», «La quimera», «El tesoro de Gastón», «Dulce dueño» y «Belcebú», además de sus preciosas «Novelas ejemplares» y de sus «Cuentos Nuevos», «De mor», «Sacroprofanos», «Regionales», «Antiguos», «Dramáticos», «De Navidad de Reyes», etc., etc.

Esta gigantesca labor ha deparado a su meritísima autora una ganancia líquia de un millón de pesetas, cantidad a la que excepción hecha de Blasco Ibáñez, o ha llegado ningún otro escritor español de los que no se han dedicado a esribir para el teatro, que es, como todo el mundo sabe, lo que más dinero prouce. Y esa ganancia fabulosa habla con más elocuencia que nosotros pudiéamos hacerlo, del gran aprecio en que el público tiene a la señora Condesa de ardo Bazán, la primera de cuantas mujeres ha producido la raza española en o tocante a Literatura.

La forma que trabaja la condesa de Pardo Bazán es sumamente curiosa. Gusta la insigne escritora de encerrarse en una habitación interior, a la que no egan los ruidos callejeros y en cuyas paredes se ven varios cuadros en cada no de los cuales aparece una cabeza cortada, de colores lívidos y de atormenadas facciones.

Esto, según confesión de la gran novelista, responde a un capricho de sus ervios. La visión de aquellas cabezas torturadas y el violento color de la pared espiertan su sensibilidad y le ayudan en el trabajo.

Cuando doña Emilia se encuentra fatigada levanta los ojos hacia las cabezas las mira fijamente. Poco a poco el cárdeno color de sus perfiles la invade. esentumece y fatiga, y así puede continuar trabajando.

La condesa de Pardo Bazán siempre ha llevado con mucho orden su trabajo, scribiendo por regla general cinco o seis horas diarias, sin sentir fatiga, debiendo advertir que tiene desde antiguo la costumbre de escribir de pie.

Lee, además, muchísimo y a una velocidad pasmosa, bastándole dos o tres horas para enterarse circunstanciadamente de un volumen de trescientas páginas, y un le sobra tiempo para ponerle apostillas.

Otra escritora que por la diversidad de sus escritos, por su amplísima cultura y por su excepcional fecundidad literaria, ha sabido crearse un lugar preeminente en las letras nacionales es doña Carmen de Burgos, más conocida por el pseudónimo de «Colombine», con el que firma todos sus escritos, lo mismo en la Prensa que en el libro.

Carmen de Burgos es una mujer que ha viajado muchísimo y a la que sus excursiones por toda Europa y la mayor parte de América han deparado un copiosísimo caudal de conocimientos que fluye natural y espontáneamente en sus obras. En lo que hace a la novela, debemos decir que «Colombine» ha llegado a ser maestra consumada. «La Rampa», por sí sola, hubiera bastado para proporcionarle una fama envidiable.

Pero donde más se exterioriza el amplio talento de «Colombine», es en la novela corta de la que puede considerarse, en justicia, como uno de los primeros cultivadores que ha tenido España.

En total, las obras de «Colombine», forman unos cincuenta volúmenes.

Otra escritora que a fuerza de trabajo, de lucha, de perseverancia y de talento ha sabido incorporar su nombre a la lista de los más insignes de las modernas letras, es la santanderina Concha Espina, autora de novelas tan interesantes como «La niña de Luzmela», «Despertar para morir», «Agua de nieve», «La esfinge maragata», «La Rosa de los vientos», y de narraciones breves tan hermosas y sugestivas como «Talín», «El jayón» y «Trozos de vida».

Concha Espina es, como su precusor Pereda, una enamorada de la Montaña, cuyos bellísimos paisajes ha acertado a describir con pinceladas maestras. Sin ser vieja, ha dejado ya de ser joven, y no obstante, hasta hace próximamente una docena de años, no comenzó a escribir, o sea cuando las necesidades de la vida le obligaron a ello. En tan poco espacio de tiempo, ha luchado muchísimo, pero con provecho, y su nombre, que ayer era totalmente desconocido fuera de los amables rincones de la Montaña, es hoy uno de los que más se cotizan en el mercado literario, vendiéndose todas las obras de Concha Espina con tal rapidez que las ediciones se agotan a los pocos días de aparecer en los escaparates.

Su primera novela «La niña de Luzmela», apareció en 1909. Se tiraron de ella 2.500 ejemplares, y si el público la prestó poca atención, la crítica no la restó ninguna. Por un prejuicio incomprensible no quiso leer la novela. Escritor hubo que mandó el ejemplar de ésta a un puesto de libros viejos, sin abrirlo y con dedicatoria y todo. Sólo Cristóbal de Castro, en «El Liberal», adivinó a la gran novelista.

En la actualidad prepara Concha Espina una nueva obra de importancia, «El metal de los muertos», cuyos contratos de traducción ha firmado ya, antes de terminarla. Esto demuestra a qué alto precio se cotiza ya el nombre de la ilustre novelista montañesa.

La señora Espina nos ha referido una curiosísima anécdota de su vida literaria.

«Tenía ya muy adelantada—nos dice—«La Esfinge Maragata», y como me urgía muchísimo su publicación, decidí dar el original a la imprenta para seguir trabajando al par de los cajistas y tener el volumen más rápidamente en las librerías, no siendo éste el único que he dado en esas condiciones, y debiendo advertir que jamás saco copias de mis originales y que hago mis novelas sin planes ni «andamiaje» de ninguna clase.

»Reuní las cuartillas encima de la mesa y salí de casa con intención de empaquetarlas a la vuelta y mandarlas a la imprenta.

»Era un día inclemente, huracanado y desapacible, y cuando a mi regreso entré en el despacho, me encontré con que las cuartillas... ¡habían volado!

»Por el suelo, encima de los muebles, en la barandilla de mi balcón siempre abierto... por todas partes había cuartillas.

»Me quedé helada. Me entraron unas ganas terribles de llorar y estuve un rato sin fuerzas para moverme.

»Mi angustia fué aún mayor al ver que el viento se había llevado por el bal-
cón la mitad del original.

»Cuando, sin esperanza alguna, se bajó a la calle, un señor anciano, de barba
blanca, dejaba en la portería un montón de cuartillas; sólo me faltaron ocho.

»En una de las tan extrañamente recuperadas, encontré, escritas con lapiz,
estas palabras: «¡Hála Isten!»

Los que viven.—Los novelistas académicos.—Jacinto Octavio Picón. ¿Por qué no quiere escribir el autor de «Dulce y sabrosa»?—Cavestany y la novela corta.—Ortega Munilla.—Ricardo León.—La obra de Palacio Valdés.-¡200000 ejemplares de «La hermana San Sulpicio», en Norte-América.

Al iniciar la relación de los novelistas actuales, consideramos de justicia ha
cer varios grupos, incluyendo en el primero a los que se sientan en los presti-
giosos sillones de la Real Academia Española. Y pues que algún orden hemos de
seguir, si no queremos hacernos un lío, seguiremos—ya que tenemos donde esco-
ger—el de la antigüedad con que esos escritores figuran en la docta Corporación.

Es el primero don Jacinto Octavio Picón, bibliotecario perpetuo de la Acade-
mia y uno de los novelistas más apasionadamente discutidos durante los últimos
años del pasado siglo.

Picón, que desde muy joven se dió a conocer como crítico ilustre, sobre todo
en lo referente a cuestiones artísticas, publicó su primera novela a los treinta
años, en 1882. Se titulaba «Lázaro» y atrajo sobre sí la cólera divina de ciertos
elementos. Pero sólo de «esos elementos» pues al resto de los lectores le pare-
ció de perlas, animando a su autor a que continuase por el camino emprendido.

Así lo hizo el novelista, y dió a la estampa en años sucesivos «Juan Vulgar»,
«La hijastra del amor», «El enemigo», «La honrada», «Dulce y sabrosa», «Juani-
ta Tenorio» y «Sacramento». Cada una de ellas fué un éxito, pese a las discusio-
nes y a las tremolinas que se armaron, habiendo sido las tres últimas las que más
se han vendido y más ganancias han proporcionado a su insigne autor, que digan
lo que quieran sus enemigos, es uno de los hombres más buenos de España y un
padre amantísimo, como lo demuestra el hecho de que desde que, en Enero de
1917, ocurrió el fallecimiento de su hijo Jacinto Felipe, joven de tanto talento
como virtudes y que era una legítima esperanza para todos y objeto de cariño
preferente para el autor de sus días, éste no ha vuelto a escribir una sola cuar-
tilla hasta el extremo de no haber empezado a redactar siquiera el discurso con
que ha de contestar a Serafín Alvarez Quintero en la recepción académica de
este genial y popularísimo dramaturgo.

Lamentable es por todos conceptos, y especialmente por el que constituye su
causa única, que don Jacinto Octavio Picón no escriba actualmente, porque, aun-
que no es joven—tiene ya cerca de setenta años—, su inteligencia continúa fres-
ca y poderosa y aún podríamos esperar muchos frutos de su gran talento.

Don Jacinto Octavio Picón no es de los novelistas que han llegado al vulgo,
ni tampoco de los que cuentan por muchos miles de ejemplares las ediciones de
sus obras. Pero tiene, en cambio, un público selecto, escogido, que le sigue siem-
pre con absoluta fidelidad. Es, pues, el novelista selecto, atildado, aristócrata,
que se desenvuelve dentro de un ambiente de pulcritud y de distinción, como
pulcra y distinguida es su persona.

Sigue inmediatamente a Picón en antigüedad, dentro de la Academia de la

Lengua, don Juan Antonio Cavestany, que si bien es cierto que goza más fama como poeta y como autor dramático que como novelista, también se ha distinguido en este último concepto, sobre todo durante los últimos años, en que ha escrito narraciones breves muy notables.

Viene a continuación en el augusto templo de los inmortales, don José Ortega Munilla, uno de los periodistas más ilustres que España ha tenido y novelista de gran popularidad.

Ortega Munilla es cubano, pero siendo chiquitín vino a España, aquí estudió, aquí se hizo hombre y de aquí no ha vuelto a salir más que circunstancialmente. Es, pues, español absolutamente, y como tal le reclamamos entre nuestros novelistas.

Veinticuatro años tenía Ortega Munilla, cuando publicó su primera novela, aparecida en 1879, con el título de «La cigarra,» y su joven autor, que ya era ventajosamente conocido por los numerosos artículos con que llenó las columnas de «El Tiempo», «La Iberia», «Los Debates» y otros periódicos de nota en aquella época, vió refrendado su nombre con un prestigio que para sí hubieran querido sus detractores.

Entre éstos se contaron desde el primer instante algunos elementos mogigatos, que no vieron con buenos ojos las obras del ilustre novelista. No importó nada. A despecho de ellos, y no obstante la guerra que quisieron hacerle, Ortega Munilla consiguió hacer populares sus novelas «Sor Lucila», «Lucio Téllez», «El tren directo», «El fondo del tonel», «La viva y la muerta», «Mares y montañas», «Una página de amor», «Cleopatra Pérez», «Estrazilla» y otras muchas, cada uná de las cualés bastaría para crear la reputación de un novelista.

Tras de Ortega Munilla figura en la Academia, en orden de novelistas, don Ricardo León, el escritor que en España ha sabido conquistarse una reputación desde el libro, en menos espacio de tiempo.

A Ricardo León no le conocía nadie, cuando en 1908 publicó en Málaga, ciudad donde nació, su primera novela «Casta de hidalgos». Fué una verdadera revelación el anuncio de un novelista de fibra clásica, de temperamento genuinamente español. La crítica y el público coincidieron en conceder a la novela todo su entusiasmo, y el autor pasó en pocos días de la oscuridad y el silencio a la popularidad más grande.

Cuando poco tiempo después dió a la imprenta su segunda novela, «Comedia sentimental», las buenas impresiones causadas por la primera se vieron refrendadas por un éxito total y absoluto.

Siguió León escribiendo y aparecieron en pocos años «Alcalá de los Zegríes», «El amor de los amores» y «Los Centauros», las cuales fueron bastante para conceder a su autor, por derecho propio, un sillón de académico cuando apenas tenía treinta años.

En 1914, el Banco de España, en cuyas oficinas trabaja Ricardo León, hizo por su cuenta una edición de lujo de las obras del ilustre novelista, que se vendió profusamente.

Hoy, León, a pesar de su juventud, pasa por uno de los novelistas más ilustres de todas las épocas de España.

Ricardo León es hoy casi un místico, después de haber sido casi un revolucionario.

Y vamos con el último de los académicos novelistas, Se trata de D. Armando Palacio Valdés.

Creemos que merece la pena de que nos detengamos un poco en hablar de este escritor insigne, que viviendo como ha vivido siempre, retirado de toda bulla y jarana literarias, ha logrado que su nombre rebase las fronteras y tome carta de popularidad en las principales naciones cultas de Europa y de América.

Palacio Valdés vino a Madrid a los diecisiete años. Con él vino también desde Asturias, «Clarín», y juntos fundaron un semanario al que dieron el título de una obra de Sardou: «Rabagás».

Debutó en la «Revista Europea» como escritor formal, haciendo nada menos ;ue la crítica del libro de D. Francisco de Paula Canalejas «Estudios de Filosofía eligiosa». El artículo gustó tanto, que los editores de la revista le ofrecieron la lirección de ésta, y allí se estuvo el buen don Armando tres añitos largos de alle, escupiendo cuartillas y más cuartillas y publicando de vez en cuando algún ibro de critica. Hasta que en 1881 se decidió a ser novelista y sentó plaza de apitán general con «El señorito Octavio», a la que siguieron inmediatamente Marta y María», «El idilio de un enfermo», «José», «Riverita» y muchas más, .asta completar la lista que luego veremos.

Palacio Valdés, como Galdós, como Picón, como Ortega Munilla y como tros grandes novelistas, no ha sido nunca santo de las devociones conservado-as. Pero como resulta que las devociones conservadoras no influyen ni mucho, ıi poco ni nada en la popularidad de los novelistas, Palacio Valdés, a despecho .e sus enemigos, viene ocupando, desde que comenzó a escribir, uno de lo ›uestos más honrosos y merecidos de la novela nacional.

Esto, en España, que en América goza de un renombre extraordinao y sus bras se venden como no hay idea.

Recuérdese que un yanki compró a peso de oro el original de «La Herma-a San Sulpicio» y con tal esplendidez remitió dinero a don Armando, que éste se ió obligado a devolverle gran parte de la cantidad remitida.

Con todas estas cosas, Palacio Valdés, que ya era rico por su familia, vive es-léndidamente.

De lo intenso e importante de su labor de novelista, podra juzgar el lector por ı lista de sus obras:

«El señorito Octavio», «Marta y María», «El idilio de un enfermo», «José». .sta novela está declarada obra de texto para estudiar la lengua española en ıglaterra. «Riverita», «Maximina», segunda parte de «Riverita», «El cuarto po-er», «La hermana San Sulpicio», «La espuma», «La Fe», «El origen del pensa-iiento», «Los majos de Cádiz», «La alegría del Capitán Ribot», «El maestrante», La aldea perdida», «Tristán o el pesimismo», «Papeles del doctor Angélico» y Nuevos papeles del doctor Angélico».

Como complemento de estos lijeros apuntes, añadiremos las siguientes no-cias:

La obra más extendida de Palacio Valdés, es «La hermana San Sulpicio».

La que más revuelo ha producido, «La Fe».

La que le parece mejor, «Los majos de Cadiz».

La predilecta, «La aldea perdida».

Todas estas obras han sido traducidas al francés, al inglés, al alemán, al :heque, al portugués, al sueco, al ruso, al holandés y al italiano.

Palacio Valdés vive una vida de gran austeridad. Es rico, y escribe, según él ismo dice, como un millonario puede dedicarse a desbravar caballos o a dirijir ıtomóviles. De este modo, no conoce, no conoce los tormentos del trabajo, ıesto que el escribir siempre le sirvió de dulce recreo y provechoso pasatiempo.

El gran novelista pasa los veranos en una finca que posee en Hendaya, titula-ı, como uno de sus libros más famosos, «Marta y María», y goza en Francia de ‹traordinario prestigio, siendo frecuente que le visiten en su hermosa posesión ninentes figuras de las letras de la vecina república.

También recibe muchísimas cartas de Francia elogiando sus obras. En cierta :sión, una señora francesa escribió a la esposa del ilustre novelista llamándola .oña Gloria», creyendo que, efectivamente, Palacio Valdés se había casado con protagonista de «La hermana San Sulpicio».

Don Armando trabaja muy ordenadamente y siempre por las mañanas. Jamás one sus libros en blanco, y no obstante, las pruebas que le envían de la imprenta s devuelve siempre absolutamente intactas.

En la composición de cada novela invierte de cinco a seis meses.

Por último, y para que se vea hasta dónde llega el carácter verdaderamente ıcantador del gran novelista asturiano, diremos también que Palacio Valdés tie-

ne una muñequita, de ojos azules, como los suyos, llamada Sara y a la que quiere como si fuera una criatura de carne y hueso.

«Sarita Palacio Valdés» goza en el mundo literario de una envidiable popularidad, habiendo sido retratada numerosas veces en revistas extranjeras, especialmente inglesas y alemanas.

Otro gran novelista actual: Vicente Blasco Ibañez.—¿Cuando y cómo comenzó a escribir novelas?—Copista y colaborador de Fernández y González.—Un cuento que produce miles de duros.—El éxito enorme de Blasco en América.—Lo que producen algunas novelas.

Antes de hablar de las dos generaciones modernas que han influido poderosamente en los novelistas actuales, creemos de justicia consagrar un capítulo aparte, a ese genio de la novela española que se llama Vicente Blasco Ibáñez. Si alguien no estuviese conforme, que levante el dedo.

Su nombre bastaría por sí sólo, para llenar toda una época literaria. Y decimos ésto a sabiendas de que Blasco Ibáñez quizá sea, en España, menos conocido que Pereda, que Alarcón, que Felipe Trigo, que Palacio Valdés. Pero ¿y en el Extranjero? Blasco Ibañez tira sus novelas en los Estados Unidos por cientos de miles de ejemplares y cobra cantidades fabulosas por los derechos de traducción... Pero no nos adelantemos.

Blasco Ibañez es valenciano y cuenta en la actualidad cincuenta y tres años. Dicho se está, pues, que se halla en la plenitud de su vigor intelectual.

Siendo muy joven, se escapó de la casa paterna y vino a Madrid, donde pasó la mar de fatigas para que le editasen su primera novela «El Conde Garci-Fernández»... sin conseguirlo. Después entró de escribiente con el estupendo don Manuel Fernández y González, colaborando silenciosamente con él en algunas de sus novelas, tales como «La chula sensible» y «El mocito de la Fuentecilla», títulos ambos que, con el debido respeto, encontramos tan cursis como ridículos. Más tarde se metió en política... y como político, Blasco Ibáñez no nos importa un comino.

A los diez y ocho años, y no obstante su agitada vida, escribió además de «El Conde Garcí-Fernández», cuatro novelas tituladas: «Por la Patria (Romeu el guerrillero)», «El adiós de Schubert», «Mademoiselle Norma» y «Caerse del cielo».

Veintidós años tenía cuando se largó a París por primera vez y uno más cuando regresó a España, fundó «El pueblo», de Valencia, y publicó su novela «Arroz y tartana», que fué un éxito enorme de librería, y a la que inmediatamente siguió «Flor de Mayo», que también se hizo popularísima.

Desterrado a Italia por cuestiones políticas, volvió después a España. Antes de embarcar de nuevo para Italia, escribió un cuento titulado «Venganza moruna», que entregó a un pintor para que lo llevase a la Redacción de «El Pueblo». Al pintor se le olvidó y ello fué causa de que con aquel trabajo... olvidado, ganase Blasco, andando el tiempo, muchos miles de duros. Veamos cómo:

Cuando Blasco vió nuevamente en Valencia al amigo, le preguntó por el cuento. El olvidadizo artista, por toda contestación, se lo devolvió. Lo leyó su autor, le gustó el asunto y lo transformó en novela. Se tituló «La barraca».

Esta se publicó por primera vez en el folletín de *El Pueblo*. Después se hizo de ella una tirada de quinientos ejemplares, de los que se vendieron muy pocos.

Prensa, por su parte, no la prestó tampoco ninguna atención. Hasta que un , Herell, el traductor de D'Anunnzio, la vió en un escaparate de San Sebas; ı, la compró, la tradujo al francés y causó en París verdadera sensación.

A «La Barraca» siguieron «Entre naranjos», «Cañas y barro», «La catedral», intruso», «La bodega», «La maja desnuda» «Sangre y arena», «Los muertos ndan», «Luna Benamor», «Los argonautas», «Mare nostrum» y «Los cuatro ›allos del Apocalipsis»,

La sola enunciación de estos títulos ha de bastar al lector para que compren- la popularidad alcanzada en España por el ilustre novelista valenciano. Se- ·os estamos de que todos esos títulos le son familiares.

Las obras de Blasco que más éxito han tenído son: «La barraca», «La cate- l», «La bodega», «La maja desnuda», «Los argonautas», «Mare nostrum» y ›s cuatro caballos del Apocalipsis», esta última sobre todas. De ella va ven- ɔ en América del Norte cerca de medio millón de ejemplares cosa incompren- e en un país como el nuestro donde para venderse cinco mil volúmenes de obra de Galdós se necesitaba Dios y ayuda.

Después de esto, excusado es añadir que Blasco Ibáñez ha ganado con sus elas cantidades enormes, casi fantásticas. Es muy posible que en los últimos s, sólo con un par de novelas, haya llegado a tener un ingreso de un millón ›esetas. Y repetimos ahora lo que decíamos cuando hablábamos de las obras a señora Condesa de Pardo Bazán; eso sin haber escrito nada para el tea- Bien es verdad que Blasco no lo necesíta, porque a cualquiera de sus nove- le dan en Norte América, por lo menos, cincuenta mil... representaciones.

Vicente Blasco Ibáñez se levanta a las ocho de la mañana, y manda que le sir- el *desayuno*. Subrayamos la palabra, porque el desayuno del ilustre escritor siste en un par de huevos, un plato de pescado, un bisteck con patatas, postre correspondiente pan y vino... ¿A qué llamará comer Blasco Ibañez?

Después, se sienta a trabajar y escribe sin descanso hasta las cuatro de la e, hora en que almuerza formidablemente, dando en seguida un paseo y no iendo a trabajar en todo el resto del día.

A las once, cena e inmediatamente se mete en la cama, pasándose leyendo a las tres de la madrugada.

Blasco Ibáñez escribe con extraordinaria facilidad. El mismo lo ha dicho: «Esa a terrible entre el pensamiento y la forma, de que tanto se lamentan otros es- ›res, apenas existe para mí. Yo creo que las obras de arte, se ven o no se si lo primero, el asunto se agarra con tal fuerza a mi imaginación y me ab- e y posee tan en absoluto, que, para descansar necesito escribir de un tirón. xcitación nerviosa que me produce la redacción de los últimos capítulos, es- almente, constituye para mí una verdadera enfermedad; se me cansa la mano pecho, me duelen los ojos, y sin embargo no puedo dejar de escribir; el des- ce tira de mí, me esclaviza, me golpea en la nuca, me enloquece; parezco mbulo; me hablan y no oigo; quiero salir a dar un paseo y no me atrevo; la ı me atrae y vuelvo al trabajo. Muchas veces he escrito dieciséis y dieciocho s seguidas. En una ocasión llegué a escribir treinta horas sin descansar más para tomarme una taza de caldo y una copa de vino...»

La generación del 98.—Valle Inclán.—Enorme labor de Pio Baroja.—Las novelas de Unamuno.—Manuel Bueno, Gregorio Martínez Sierra «Azorín» y la política.—Dos buenos novelistas: López pinillos y Zamacois.—Tres cronistas eminentes: Zozaya, Gómez Carrillo y Cristóbal de Castro.

Estamos en 1898. Acabamos de perder miserablemente los últimos restos d nuestro imperio colonial y en París anda don Eugenio Montero Ríos, con Aba zuza y Villa-Urrutia, gestionando un tratado de paz que va a dejarnos como gallo de Morón. Por aquí gobierna Silvela, intriga Sagasta, hace de las suya Romero Robledo y todos andamos de coronilla buscando algún remedio caser que salve a este pobre país de la ruina a que le llevaron las torpezas de sus g bernantes.

Nótase una gran reacción en todos los órdenes de la vida. El comercio y l industria se disponen a acometer intensificaciones que mejoren y superabunde la producción. Los mismos políticos parecen cantar el «mea culpa» y están int resados en rectificar sus anteriores yerros... Los literatos, por no ser meno buscan para sí orientaciones nuevas que rompiendo los moldes en uso desc Dios sabe cuánto tiempo antes, les pongan a tono con el concierto europeo.

Y surge la generación llamada del 98, con sus poetas y sus novelistas. P ahora, sólo nos interesan éstos, y éstos se llaman precisamente Valle-Inclán P Baroja, Manuel Bueno, Unamuno, «Azorín», López Pinillos, Zamacois, Martín Sierra, Rusiñol, Zozaya y Gómez Carrillo.

El orden es lo de menos. Los hemos designado así, porque así han veni acudiendo a los apuntes. De la prelación de méritos no somos nosotros los ll mados a hablar. Quédese para los criticos, que son los que entran y salen c tales menesteres.

Quizá cuando surgió la generación a que antes aludimos, el único que ten precedentes literarios era Valle Inclán, que había publicado, en 1895, una bel obra, titulada «Femeninas».

Tras de «Femeninas» ha publicado Valle Inclán muchas y muy buenas nov ..., que le han deparado una reputación muy sólida de escritor. Entre ellas, m recen ser mencionadas de una manera especial «El Marqués de Bradomi «Aguila de Blasón», «Las cuatro sonatas» (Primavera, Estío, Otoño e Inviern «Flor de Santidad» y «La lámpara maravillosa».

Valle Inclán tiene fama de ser un hombre malhumorado y no hay nada de es Valle Inclán, por el contrario, es un hombre encantador, de amenísima charla, refinados gustos, de caudalosa cultura y de temperamento señoril. Es un es pendo narrador y su gracioso ceceo le hace mucho más simpático.

Antes solía frecuentar los cafés en donde acostumbran reunirse los escri res y artistas. Ahora anda un poco retraído y cuando se le ve por la calle, c es muy raro, siempre anda con esas prisas suyas, tan airosas y característic que parece ser el complemento de sus apostólicas barbas, de sus formidab quevedos y de su brazo mutilado, a lo Cervantes.

Pío Baroja nació en Vasconia. Es un hombre algo frío, muy taciturno y m concentrado en su espíritu.

Seguramente la mayoría de sus lectores ignorarán que además de vasco, fr taciturno, muy concentrado en su espíritu y algo descuidado en su porte per nal, Pío Baroja es también médico. Claro está que no ejerce la Medicina. pasa lo que les pasó a Vital Aza y Felipe Trigo y lo que le está pasando a Fr

cos Rodríguez, que se hicieron médicos porque sí, como se pudieron hacer otra cosa cualquiera.

Y no sólo es médico Pío Baroja, sino que es, o ha sido, mejor dicho, panadero, pues cuando cansado de curar a los enfermos de Cestona vino a Madríd, fué para ponerse al frente de la tahona de Capellanes.

Para que se vea cuánto se engañan las gentes que compran las novelas con arreglo a la fama de que goza su autor, citaremos el siguiente caso de Pío Baroja: Este singular novelista, uno de los que con más intensidad y más espíritu escriben hoy en España, no vendió de la segunda de sus novelas, «La casa de Arigorri», ni cincuenta ejemplares. Y, sin embargo, en ediciones sucesivas lleva vendidas cerca de veinte mil.

Y además, otro hecho muy significativo: Pío Baroja no ha conseguido ser concejal del Ayuntamiento de no sé qué pueblo vasco. ¡Le derrotaron los tenderos y los socialistas!

Mejor para él, ¡qué coramba! El tiempo que habia de gastar en interesarse por los intereses del Municipio cuyo nombre no merece los honores de la publicación, que lo emplee en escribir novelas, y todos saldremos ganando. Menos el Ayuntamiento, que, naturalmente, saldrá perdiendo. Y de ello nos alegraremos muchísimo.

Las Trilogías: «Tierra vasca» (La casa de Aizgorri, El mayorazgo de Labraz y Zalacaín, el aventurero); «La vida fantástica» (Camino de perfección, Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox y Paradox, rey); «La raza» (La dama errante, La ciudad de la niebla y El árbol de la ciencia); «La lucha por la vida» (La busca, Mala hierba y Aurora roja); «El pasado» (La feria de los discretos, Los últimos románticos y Las tragedias grotescas); «Las ciudades» (César o nada y El mundo es ansí), y «El mar» (Las inquietudes de Shanti Andía).

Memorias de un hombre de acción: «El aprendiz de conspirador», «El escuadrón del Brigante», «Los caminos del mundo», «Con la pluma y con el sable», «En tierras lejanas», «El arroyo», «La Isabelina», «La sangre en las calles», «En el seno de la intriga» y «El olvidado».

En total, 28 novelas, que la crítica ha elogiado con la justicia que merecen, que ha ponderado también el público con sus alabanzas sinceras.

Unamuno es un escritor de nervio formidable, al que el vulgo no conoce bien. Ni conocerá nunca, si no deja de ser vulgo.

Es también un luchador épico. En 1891, cuando sólo tenía veintisiete años, ganó la cátedra de Literatura Griega en la Universidad salmantina, y a Salamanca se fué, creyendo que iba a conquistar Castilla. Y lo que ha ocurrido es que Castilla le ha conquistado a él. Su vasconismo se quedó a las puertas del Patio de Escuelas. Hoy don Miguel es un enorme castellano, viril y forzudo, del que todos los nacidos en Castilla se muestran, con mucha razón, orgullosos.

Unamuno se queja también, afirmando que sus obras le dan, alo sumo, para merendar, pero no para comer. Y nos parece un gran escritor, ¿no? Unamuno, que ha sido toda su vida un formidable luchador, nunca ha tenido la novela como labor preferente. La ha cultivado, sí, y ha hecho algunas obras preciosas, tales como «Paz en la guerra», «Amor y pedagogía» y «El espejo de la muerte; pero su trabajo más intenso y más importante está en otra clase de libros.»

Lo mismo ocurre con Manuel Bueno, Gregorio Martínez Sierra y Adolfo Bonilla. Dedicado el primero al periodismo, del que es una de las bases más sólidas, sólo circunstancialmente ha escrito novelas. Eso sí, sus novelas, como «Guillermo el conquistador», son de una intensidad y una emoción enormes.

Martínez Sierra, celebradísimo dramaturgo, ha dado a la publicidad unas cuantas novelas admirables, entre ellas «Sol de tarde», «Tú eres la paz», «Abril melancólico», «La humilde verdad» y «El diablo se ríe».

El fuerte de Martínez Sierra está, indudablemente, en el teatro. De ningún modo en la novela.

Puede hacer ésta porque le sobra talento para describir el corazón humano

en el libro o en la escena, pero siempre será, más que un novelista, un dramaturgo.

Sin embargo, ya que la literatura moderna española no debe a Martínez Sierra novelas excepcionales, como se las debe a la condesa de Pardo Bazán, a Palacio Valdés o a Pío Baroja, le debe la fundación de la biblioteca «Renacimiento», que ha consagrado a la mayoría de los actuales escritores.

El nombre de «Renacimiento» irá unido siempre al de Martínez Sierra, y ambos obtendrán en la posteridad el lugar que merecen, porque ambos, la popular Biblioteca y su ilustre fundador, son acreedores a esos prestigios que sólo se adquieren a costa de tiempo, cuando la obra grande ha dado, reposadamente, sus frutos.

«Renacimiento» ha sido, es y será siempre una publicación que honra a España, y Martínez Sierra ha sido, es y será siempre un escritor que honra a «Renacimiento».

De Rusiñol podemos decir lo que de Martínez Sierra, su traductor: que cuando escribe se consagra preferentemente al teatro, en el que ha obtenido éxitos ruidosísimos, y que sólo escribe novelas como «El pueblo gris», incidentalmente.

Tampoco el insigne «Azorín» es novelista. Sus preferencias son para el periodismo, en el que goza de envidiable prestigio, y para la política, en la que nunca debió meterse. Sin embargo, en eso, allá él. Como obras novelescas del popular escritor, podemos citar «La voluntad», «Antonio Azorín», «Las confesiones de un pequeño filósofo» y «Los pueblos», todas ellas admirables y reveladoras del talento sutil de su autor.

«Azorín» es un hombre sumamente apocado, que habla sumamente poco. En esto y en meterse en politiquerías, donde ha de encontrarse como gallina en corral ajeno, se parece a Galdós. Y se parece también en que empezó siendo republicano acérrimo para terminar en monárquico rabioso. Esto último no lo confesó nunca, al menos públicamente, el autor de «Gloria»...

«Azorín» hace hoy ostentación de su ciervismo, que le ha llevado varias veces a la subsecretaría de Instrucción pública. ¿Por qué quiere «Azorín» ponerse al frente de una Subsecretaría? ¿Por qué aspira a ponerse al frente de un Ministerio? En éste, como en aquélla, no hará nunca un papel lucido. Sus iniciativas, que serán todo lo luminosas que puede esperarse de su talento, caerán en el vacío. Hoy el ser ministro resulta de una vulgaridad aplastante, después de haberlo sido... muchos de los señores que lo han salido.

«Azorín» debe dejar la política, lo mismo que dejo su monóculo y su voluminoso paraguas, y consagrarse por completo a la literatura y al periodismo, donde siempre será «Azorín». En política será don José Martínez Ruiz, únicamente.

López Pinillos y Zamacois sí que son verdaderos novelistas, aun siendo también ambos notables dramaturgos, especialmente el primero, que en estos últimos años ha estrenado con singular éxito magníficas obras, abriéndose paso entre los primeros autores contemporáneos. Como novelista, es de una enorme fuerza emotiva, de una masculinidad tremenda, de un estilo personalísimo. Sus obras más populares se llaman así:

«La sangre de Cristo», «Doña Mesalina», «Las águilas», «Frente al mar», «Ojo por ojo», «Cintas rojas» y «El luchador».

Zamacois, al contrario de «Parmeno», es un novelista atildado, pulcro, como su persona, que pasa por el lector dejándole un perfume grato. Las obras que más éxitos han deparado al notable escritor, hoy expatriado, son «La enferma», «Punto negro», «Incesto», «Tik-Nay», «Loca de amor», «El seductor», «Duelo a muerte», «Memorias de una cortesana», «Sobre el abismo» y «El otro».

De Zozaya y de Gómez Carrillo podemos decir una sola cosa: que no son novelistas, sino cronistas. En ese sentido, quizá sean los que ponen el mingo en España, sobre todo Gómez Carrillo, que lo pone en España y en Francia, que es como decir en todo el mundo.

Zozaya ha publicado algunos tomos de novelas, tal como «La maldita culpa»

in embargo, no ha conseguido ver con ellos aumentar su fama de cronista, que ın fuerte es.

Gómez Carrillo no ha publicado nunca verdaderas novelas, aunque todos sus bros sean romancescos. «Treinta años de mi vida», «El Japón heroico y gante», «Vistas de Europa», «La vida errante», «El libro de las mujeres», «En corazón de la tragedia». ¿Qué falta le hace a él escribir novelas, para ser el ás interesante, el más ameno, el más grande de todos los escritores que actualmente tiene España? ¿Para qué necesita Gómez Carrillo discurrir una fábu-., si con reflejar su vida nómada habrá encontrado la narración más amena de uantas pudiera discurrir su portentoso talento?

Y no sería justo terminar esta relación sin mencionar a Cristóbal de Castro, onista admirabilísimo, poeta de elegancia extraordinaria, hombre culto y de an corazón, que si bien no ha hecho lo que se llama novela, en el sentido esicto de la palabra—porque sus trabajos de colaboración, solicitados por cien stintos periódicos no se lo permiten—, ha escrito, en cambio, bellísimas narraones breves, que colocan su nombre, ya absolutamente consagrado, entre los ejores y más hondos y sutiles novelistas contemporáneos.

A GENERACIÓN DEL 907.—JOSÉ FRANCÉS.—EMILIANO RAMIREZ ANGEL.—RÉ-DE.—CARRERE.—VILLAESPESA.—DIEGO SAN JOSÉ.—PÉREZ DE AYALA.—EDRO MATA.—LÓPEZ DE HARO.—INSÚA.—BELDA.—EUGENIO NOEL.—ANÉS GONZÁLEZ BLANCO.—NOVELISTAS POSTERIORES A LA GENERACIÓN DEL 907. -PÉREZ LUGÍN Y «LA CASA DE LA TROYA.—FERNÁNDEZ FLOREZ.—«EL CALLERO AUDAZ».—OTROS NOMBRES.—UN RECUERDO A CRISTÓBAL DE CASTRO.

Perdónennos los novelistas de la generación de 1907, si no los consagramos da la grande atención que ellos merecen. Su obra está incompleta aún. De tos esperamos mucho. La mayor parte de ellos tiene por dar la cosecha más fér- de su talento. Sería insensato considerar hecho absolutamente a un escritor tes de haber cumplido los cuarenta años, precisamente cuando más fuerte, más nplio y más esperanzador se nos promete.

Entre los novelistas de esa interesantísima generación, merecen puesto de nor los siguientes:

José Francés, que de entonces acá ha acusado una personalidad vigorosísi-a, cristalizada en multitud de aspectos. En lo que a la novela se refiere, debeos decir que lleva publicadas, con éxito todas, las siguientes: «Dos cegueras», brazo mortal», «La guarida», «La débil fortaleza», «Miedo», «Páginas de nor», «La ruta del sol», «La danza del corazón», «La estatua de carne», «El sterio del Kursaal», «El alma viajera», «El espejo del Diablo», «Peregrina amorada», «Como los pájaros de bronce» y «El delito de soñar».

Pedro de Répide, costumbrista madrileño, muy superior a cuantos le han predido en este sentido, que ha dado a la publicidad, entre otras, las siguientes velas: «La enamorada indiscreta o el peligro de la verdad», «Agua en cestillo», o hay fuerza contra el amor», «Los cohetes de la verbena», «El Madrid de los uelos» y «La Corte de las Españas», aparte de innumerables novelas cortas, mo «Noche perdida», «El solar de la bolera» y «De El Rastro a Maravillas», e hacen de su autor uno de los escritores clásicos más importantes de la geneción actual.

Emilio Carrére es uno de los espíritus más fuertes que tiene España. Su li ratura tiene una personalidad extraordinaria. Cuando escribe versos, puede dearse con los más grandes poetas. Cuando hace prosa, puede tutear a los n eminentes prosistas.

Carrére, gran bohemio, no poseerá nunca un despacho coquetón y frivo donde rimar sus estrofas y tejer sus novelas. Habría de ser rico—que no lo e lo lamentamos sinceramente por él... y por los que le rodean—y no incurri nunca en la vulgaridad de vestir de chaquet ni de instalarse en un estudio có do y elegante. Carrére, cargado de millones, seguiría escribiendo sobre las sas de los cafés, a horas extrañas del día y a horas avanzadas de la noc cuando le diere la gana.

Es el último bohemio. Después de él, no se concibe la bohemia. Muerto rrére—y ojalá no se muera nunca—no habrá más remedio que retirar de la ci lación las capas a guisa de feneruelo, los sombreros a estilo manchego y las batas absurdas a estilo... de Carrére.

Cuando dentro de diez, de cuarenta, de cien años, se hable de la literat española de los albores del siglo xx, el nombre de Carrére aparecerá en pri ra línea, como poeta y como novelista. Es un caso verdaderamente extraord rio de complejidad psicológica.

Emilio Carrére, poeta admirable por todos conceptos, el último bohemio e ñol y quizá el que con más convicción y con mayores conceptos mantiene su b mia, que además de sus encantadores libros de versos, que por sí solos basta para darle fama imperecedera, ha publicado las novelas siguientes, aparte d cortas, cuya lista, por ser muy numerosa, no reproducimos: «La madre Cas dad», «Los ojos de la diablesa», «La tristeza del burdel» y «La rosa del Albai

Francisco Villaespesa, otro poeta ilustre que, como Ramírez Angel y Ed do Zamacois, se expatrió también, y que aparte de sus numerosos libros de v y de sus magníficos dramas poéticos, ha publicado novelas tan notables c «El milagro de las rosas», «El último Abderramán», «La venganza de Aisc «Zarza florida», «Breviario de amor», «Vida y Arte», «Las granadas de rub «Fiesta de poesía», «Las garras de la pantera» y «Las joyas dd Margarita».

Diego San José, evocador de nuestras más venturosas épocas clásica quien deben la poesía y el teatro moderno verdaderas joyas, y la novela o tan admirables como «Los hijosdalgo del hampa», «Esposas del señor», « perfecta casada», «Las añoranzas de don Alvaro», «La fuerza de la sang «Cuando el motín de las capas»..., «Mozas del partido» y «Vida de píc aparte también de otras narraciones cortas al estilo genuinamente españo el que Diego San José es un consumado y habilísimo maestro.

Ramón Pérez de Ayala, uno de los espíritus mejor cultivados de los actu tiempos, poeta de fragante inspiración, cronista de altos merecimientos y n lista insigne, que ha editado, entre otras, las siguientes obras: «A. M. D. G vida en los colegios de jesuítas», «La pata de la raposa» y «Troteras y d deras».

Pedro Mata, espíritu fuerte, hombre buenísimo, poeta de una modernidad traordinaria y novelista verdaderamente admirable, entre cuyas obras sob len «Ganarás el pan», «La catorce», «Corazones sin rumbo», y «Un grito noche», además de narraciones breves tan deliciosas y fragantes como «Ni ni arte», «Cuesta abajo», La celada de Alonso Quijano», «Mi primera avent «El misterio de los ojos claros», «Los cigarrillos del duque», «La paz del h y «La excesiva bondad».

Rafael López de Haro, notario actualmente en un pueblo gallego y un cuyas últimas novelas, «Los hijos de los celtas», ha producido apasionada lémicas en aquella región. Sus obras más notables, además de la citada, son un lugar de la Mancha», Dominadoras», «Batalla de odios», «La novel honor», «Poseída», «El país de los medianos», «Muera el señorito», «El de amor», «Sirena», «El salto de la novia», «Floración», «Entre todas las jeres», «La imposible» y «Las sensaciones de Julia».

Alberto Insúa, que sigue las huellas de Felipe Trigo, y que ha publicado con to creciente las siguientes admirables novelas: «La mujer fácil», «Las neuróıs», «La mujer desconocida», «El demonio de la voluptuosidad», «Las flechas amor», «El deseo», «Los hombres: Mary los descubre», «En tierra de ıtos» y «La hora trágica».

La literatura de Alberto Insúa es frívola, galante, apasioada, como él.

Insúa empieza por no ser español, sino americano; pero ha sabido adaptares fectamente al españolismo coquetón de las esferas sociales verdaderamente inadas, como supo aclimatarse también al ambiente parisiense, tan moderno y raño.

Para las gentes mogigatas, para los que creen que todo escritor está en el ıer ineludible de mojar la pluma en agua bendita, siempre será Alberto Insúa motivo de recelo. Pero para los espiritus francamente liberales, que no se ıstan de ninguna novela, llámese su autor Felipe Trigo o llámese Luis Colo-, Alberto Insúa será un psicólogo de exquisita sensibilidad y de finísimo temamento, cuyas obras seguirán vendiéndose como pan bendito en las librerías, es como actualmente se venden.

Joaquín Belda, escritor de gracia insuperable, personalísimo y único en Esıa, uno de los más deseados del público, que lleva dadas a la publicidad nurosas novelas, entre las cuales hay que recordar las siguientes: «Saldo de ıas», «Memorias de un suicida», «La farándula», «La piara», «Alcibiadesub», «La Coquito» y «Aquellos polvos»....

Quizá no sea Belda un pulquérrimo literato, en el sentido retórico de la para. Pero desde luego es un estupendo novelista, cuyas obras, escritas con esa ıcia suya tan personal, tan casi única en España, saldrán a éxito por barba.

Belda es, entre los escritores modernos, uno de los más impacientemente esados y de los más ávidamente leídos.

Quizá no hay ningún escritor, de los jóvenes, que venda más ejemplares que ıquín Belda.

Y ya pueden caer sobre él todas las diatribas del mundo. «Vox populi»...

Eugenio Noel, que es uno de los hombres de más cultura y de más talento que ı nacido en España durante los últimos años, y que, siempre fuerte, personal, eroso y admirable, ha dado a la imprenta numerosas narraciones romances-, entre las que debemos mencionar: «Pan y toros», «El rey se divierte», «El nen de un partido político», «Alma de santa» «Don Oliverio XXIV de mbón», «El cuento de nunca acabar», «Vida de un fenómeno», «El charrán y ıra la Valdajo», «Los piratas de los barrios bajos», «La reina no ama al rey», otas de un voluntario», «Escenas y andanzas de la campaña antiflamenca», epública y flamenquismo», «El flamenquismo y las corridas de toros», «Casos de España», «Las capeas» y «Nervios de la raza».

También ocupa un puesto muy preferente en la generación de los novelistas nos Antonio de Hoyos y Vinent, escritor que se mueve en un ambiente de ver lera exquisitez y que condensa sus escritos con verdadera habilidad.

Andrés González Blanco, crítico de reconocidísimo talento, heredero legíti- de «Clarín», y que si como poeta ha sabido crear obras de indudable mérito, no novelista ha producido libros tan importantes como «Matilde Rey», «Doña ılante», «La eterna historia», «Poemas de provincia» y otros muchos.

Un autor de mucho talento, que se ha revelado también como un estupendo ınista es Wenceslao Fernández Flórez, que lleva publicadas varias novelas de rito tan sobresaliente como «La tristeza de la paz», «Luz de luna», «La procen de los días», «Volvoreta» y «Silencio».

También ha adquirido un gran relieve en estos últimos tiempos José María rretero, que firma sus informaciones con el pseudónimo de «El Caballero Au-», y que como novelista ha dado notas sensacionales en «La Virgen desnu-, «El breviario de Blanca Emeria», «Desamor» y «El pozo de las pasiones.»

Como habrá visto el lector por este resumen tan someramente hecho y tan a

la pata la llana escrito, la novela española no tiene por qué envidiar a la novela de ningún otro país.

Prescindiendo de Cervantes, que debe ser considerado como algo excepcional, algo extraordinario, algo aparte no sólo de las letras españolas, sino en las letras universales, los nombres de Quevedo y de Hurtado de Mendoza, como novelistas pícaros; los de Larra y Espronceda, como románticos; los de Galdós y Pereda, como costumbristas, y los de doña Emilia Pardo Bazán y Pío Baroja, como psicólogos, hablan tan alto de la novela española, que su voz elocuentísima se escuchará siempre con respeto allí dónde se álce cualquier otra, sea la de Alejandro Dumas, sea la de Víctor Hugo, bien la de Gabriel D'Anunnzio o la Enrique Sienkienwich.

Y antes de terminar, y sólo para que se vea cuánto y cuán bien se escribe en los actuales tiempos, hemos de citar un dato que demuestra hasta donde se halla hoy extendida la novela española: de los novelistas comprendidos en el último capítulo de este trabajo, hemos hablado, de pasado, claro está, de 169 novelas, que no son, ni mucho menos, todas las publicadas. Esto da idea de lo que empieza a cundir por España la costumbre de leer. Dios quiera que dure mucho, y que todos lo veamos.

